

A Saulo Forber, my affec-
tionate

Francisco Gonzalez Diaz

Francisco González Díaz

LA GRAN GUERRA

(Impresión de un observador emocionado)



LAS PALMAS

Tip. del "Diario" Buenos Aires 36

1916

AL LECTOR

En los artículos que integran este pequeño volumen palpita, jadea y clama la guerra monstruosa bajo cuya pesadumbre estamos todos magullados, aplastados. Muy lejos de los campos de combate, sobre una roca perdida en el mar, yo me siento castigado y afligido por la mayor catástrofe de los tiempos. Todo lo humano, dentro de mí, se subleva. Siento las culpas, pero mucho más los dolores.

En tanto pasa la tormenta que agita al mundo, esfuérzome en mantener la serenidad de juicio y la imparcialidad de criterio para no extraviarme. No quiero participar de ningún fanatismo, y la tierra se ha llenado de fanáticos que luchan ciegos, aunque no esgriman armas y tengan abiertos los ojos. Esos partidarios, al definirse radicalmente, se salen de la humana grey: deberían mirar la guerra actual como un naufragio histórico. Deberían, solamente, sentirse náufragos...

Las apasionadas beligerancias á que asistimos, fomentan el fuego del odio, en nombre de abstracciones indefinibles. Desde mi roca, sa-

currida por el turbión lejano, yo no veo sino el horror de la matanza ni oigo sino los gemidos de las víctimas. El viento trae de allá lejos lágrimas á mis labios, y mis labios beben su amargura. La sal de esas lágrimas me purifica, me entona.

Y, sin embargo, también soy beligerante en mi pensamiento; pero lo soy libre de intransigencias, de prejuicios, de rencores, de acerbidades. Sereno, guardo la posición de observador emocionado, la única que me parece loable. Mi partido mental y sentimental no me impide ver bien á la derecha y á la izquierda, al frente y á la espalda. Miro, exploro, comento; rehuyo el peligro de las afirmaciones absolutas. Veo en cualquier soldado, bajo cualquier bandera, un prójimo.

Estas páginas no son un juicio sobre la guerra. Son notas sueltas, comentarios al día, visiones parciales, sugerencias...

¡Salpicaduras!

VISION DE LA GUERRA

Invitado á hacer uso de la palabra en una fiesta que se celebró en el hotel «Santa Catalina» á beneficio de la «Cruz Roja» servia, pronuncié un discurso lleno de sinceridad y de caridad, inspirado en las ideas y los sentimientos que la guerra actual me sugiere. Puse mi alma en mis palabras; dije, sin reservarme cosa alguna, lo que siento y lo que pienso frente á la conflagración terrible.

Ese discurso ocasionó un incidente absurdo, ya olvidado; pero yo quiero recoger aquí sus frases más significativas, sus puntos de vista principales, porque me los dictó la razón y un espíritu de justicia extricta. Si se me invitara á hablar nuevamente sobre el mismo asunto, en lo esencial diría lo mismo que entonces dije. Se han sucedido, con variada faz, los acontecimientos: no han cambiado los factores ni los móviles ocultos del gran drama.

Era á raíz de la entrada de Italia en la contienda europea, que pareció imprimirle nuevos rumbos y empujarla hacia el fin anhelado. Han corrido los meses, y ninguna señal de paz apunta en los horizontes tempestuosos. Sube y sube el mar de sangre... Hoy, como en aquella fecha, nos pregunta-

mos: ¿Cuándo rayará *el nuevo día*, cuando saldremos de esta prueba espantosa? ¿Cuándo volverán á lucir en la conciencia humana los grandes astros eclipsados, pero no muertos?

Y callamos, y observamos. Nos impone silencio la trágica oscuridad del futuro. Nos vemos perdidos en las tinieblas. Sólo oímos gritos de espanto y de dolor. La costumbre de vivir en la noche, á tientas, á ciegas, hará que hiera como un rayo nuestros ojos, y nos desorienta y nos aturda, la primera sonrisa del amanecer...

Mientras tanto, recordemos; recordemos el calvario del género humano. Neutrales, nos hemos inclinado de la parte donde brillaba, en nuestra opinión, el derecho: hombres, hemos padecido con los hombres. Ha gritado en nuestras entrañas, como un condenado á muerte que se resistía á morir, el amor universal...

Todo esto procuré expresarlo en el discurso que va inmediatamente. No sé si puede, ó supe... De todos modos, en la versión que publico hay mucho más que en las incompletas y desordenadas notas con las cuales, desarrollándolas, ampliándolas, he hecho un trabajo literario. El esbozo háse convertido en cuadro, bien que pobre, por ser mío. Hélo aquí:

«Son tan graves los momentos presentes que, desde cualquier punto del mundo y

desde cualquier punto de vista que se encarre la situación universal traída por esta espantosa guerra, recibe un choque terrible la sensibilidad humana, y á los labios de todo hombre sensible, es decir, de todo hombre, sube, amarguísima como el acíbar, la frase del Danto: *nessun maggior dolore* .. En efecto: nunca, nunca mayor dolor...

Dolor para todos, pues sería preciso tener petrificado el corazón, yerto el cerebro, perdido en absoluto el sentimiento de la solidaridad y la efusión generosa del altruísmo, característicos del hombre civilizado, para que no recogiéramos individualmente y apuráramos con rebeldías de nuestra naturaleza, ese cáliz rebosando hiel; para que no dijéramos, como decimos cada uno rechazando el enorme sacrificio impuesto á la humanidad por el orgullo de un déspota y por la codicia satánica de un pueblo: *Señor, Señor, pase de mí este cáliz* .. La prueba es demasiado dura; hay una medida para el sufrimiento, hay un límite para las energías de resistencia de hombres y colectividades frente á las desgracias que exceden todo cálculo, burlan toda previsión y van más allá, mucho más allá de cuanto concebir pudo la fantasía de lo siniestro, desgracias en las cuales no tuvimos participación directa, desgracias que quisimos evitar, que no hubieran ocurrido si el cielo hubiera escuchado nuestras súplicas, pero que, sin

embargo, se han desplomado sobre las cabezas de todos como el templo de Jerusalem, desencajado por los hercúleos brazos de Sansón, sobre las cabezas de los filisteos. Esta desdicha monstruosa, este resumen de todas las plagas y compendio de todos los rigores y todos los horrores, esta matanza de los pueblos empujados al sacrificio por la impiedad de las ambiciones políticas ó de las competencias económicas, este volver á cerrarse sobre la tierra las tinieblas del caos y retroceder á la barbarie tras cuarenta siglos de progreso moral, y morir aplastados la divilización, el derecho, la justicia bajo las máquinas de guerra, y caer Cristo de la cruz y caer la cruz misma, el símbolo supremo del amor y la paz, en el empuje de las hordas enfurecidas que la pisotean; todo esto diríase un inmenso acto expiatorio con apariencia de orgía de caníbales. El criterio teológico lo definiría así; pero, aún emancipados de todo prejuicio religioso y libres del terror sagrado, podemos sospechar que en la hecatombe inaudita cada uno tiene una parte de culpa. ¿Cómo no? Se han desencadenado todos los elementos sociales de destrucción y no hay posible neutralidad en presencia de la lucha que ensombrece y enrojece todos los espíritus; la compasión es profunda en nuestras entrañas, pero es mayor todavía el interés apasionado con que seguimos el movimiento de los ejércitos, in-

clinándonos á una parte ó á otra. Si fuéramos realmente humanitarios, si la caridad nos ablandase el alma y nos pusiera á la altura de nuestro deber de hombres, nuestra misericordia, como reflejo de la misericordia de Dios, alcanzaría por igual á los unos y los otros, á amigos y enemigos, á beligerantes y neutrales, á los combatientes en masa en cuanto prójimos, porque actúan como instrumentos ciegos de una fuerza tremenda é impersonal, peones de una partida de ajedrez que juegan sobre el mapa de Europa emperadores y reyes, víctimas confundidas en las aras del eterno Moloch, astillas arrojadas á los cuatro vientos del destino, hermanos en la ley de origen que se odian sin saber porque se odian, que se destruyen por mandato, que maldicen y asesinan en nombre del trascendental convencionalismo de las patrias tendiendo el manto de púrpura de la sangre sobre la tierra entera. trocando la idealidad en brutalidad, la hermandad originaria en ferocidad homicida; porque la guerra, señores, es una epidemia espiritual, un caso de dementación progresiva, la noche que cae y, al caer, todo lo vuelve negro; porque en funciones de compadecer cuando se desenfrena una tan grande plaga, un tan formidable azote, la clemencia debe ensancharnos el corazón hasta el punto de que sólo veamos prójimos en los sacrificados á las aspiraciones nacionalistas.

muchedumbres electrizadas que arrebatan un viento de pasión y de gloria en pos del prestigio de una bandera, sean quienes fueren, vengan de donde vinieren; porque, en fin, sobre esas irresponsabilidades de las masas guerreras que arrastra ciegamente el fanatismo militar y patriótico, sobre ese brutal imperativo del deber subvertido y desnaturalizado que al hombre le trueca en fiera, que le dice; ¡mata! y le pone en las manos las armas para que mate y le marca en la frente con el estigma ignominioso de traidor y cobarde si no se decide á matar y no cumple bien la órden ilimitada de asesinato, sobre esas abominaciones instituidas, exigidas, inevitables, se concretan, se personalizan responsabilidades que tienen nombres augustos, pero malditos. Hay que encaminar hacia ellas directamente nuestras execraciones y, sin dejar *alla posteritá l'ardua sentenza*, herirles con nuestro desprecio y nuestro odio, justificados, santos, puesto que vengamos á la humanidad, contra quien se han desencadenado las furias de la presente guerra. En la historia se ha producido un eclipse total de sol; digamos un eclipse de la conciencia humana. ¡Perezca bajo su propia obra el nuevo Sansón que ha derrumbado el templo de la civilización moderna!

Para juzgar la guerra, yo me atengo á aquel radical juicio de Franklin: «jamás

ninguna guerra ha sido buena». Es verdad; cuando la guerra viene, la acompañan la confusión y el desorden, los principios se anublan, la cultura se borra y no más queda que la fuerza erigida en árbitro. Bismarck, el hombre de hierro, rígido como una antigua armadura, seco y frío, una testa poderosa sobre un cuerpo titánico en el que parecían faltar las vísceras más importantes, una estatua simbólica del germanismo, un estadista para el Estado alemán, moralmente sordo y ciego para los estímulos sentimentales, Bismarck formuló inexorablemente esa ley de la guerra: *la force prime le droit*. De modo que pertenece á Alemania, por órgano de una de sus grandes figuras políticas, el honor de haber renovado, mucho más amplia, la fórmula de Breno. Y le corresponde también el honor de practicarla sin limitaciones ni contemplaciones, haciendo de la guerra un boxeo internacional en que todos los golpes se le antojan buenos, aún aquéllos tenidos por ilícitos é indignos según las pragmáticas de la más elemental caballería. Así la guerra, que siempre por su índole fué una regresión, una vuelta atrás, un acercamiento á la animalidad cavernaria, la suspensión del derecho común, los códigos rotos con las espadas, sobre todo esas inícuas empresas y agresiones de conquista que tornan legítimas hasta la mayor bestialidad las represen-

lías; la guerra, decía, es ahora como en ningún otro tiempo una locura bárbara y sangrienta. A espaldas de la civilización escarnecida, atropellada, hecha cómplice y víctima mediante el empleo de sus propias admirables creaciones para destruir, para pulverizar no sólo la persona del contrario sino la riqueza artística de los pueblos, la santidad del Arte, es la guerra ahora, en el siglo XX, en esta cumbre de los tiempos iluminada por las fulguraciones del espíritu humano, matanza sin cuartel, pillaje sin tregua ni respeto, oficio de secuestradores y piratas. Siempre fué de tal manera negativa; pero algo debíamos esperar, y algo esperábamos, del supuesto progreso de las costumbres, dulcificadas y refinadas en la paz. ¡Ay! la paz es solamente un estado de desarme en que dormita el animal humano. La guerra lo despierta, y entonces la fiereza primitiva resurge, agravada actualmente por el acrecimiento y el perfeccionamiento de los medios y los métodos destructores. La técnica ha complicado la operación de matar, y la ha simplificado á la vez. Alemania en esta guerra es la definidora magistral. A cada instante nos está diciendo: «Ved como se opera, como se mata cuando se es fuerte».

Esta guerra contemporánea, anunciada y temida como un cataclismo cósmico, significa la plenitud de lo bélico, más allá de lo

épico. El elemento del heroísmo individual ha desaparecido; ya no hay héroes, ya no hay hombres. En las batallas, semejantes á gigantescas perturbaciones de la naturaleza, revoluciones físicas, trastornos geológicos y atmosféricos, desenfrenamientos de fuerzas inconmensurables en el espacio, desaparecen las unidades absorbidas dentro de la masa. La categoría del soldado como personalidad, con acción espontánea, desaparece en el conjunto movido por una mecánica y una técnica supremas. Los cuerpos de ejército obedecen un impulso que viene desde distancias enormes, inapreciables. A centenares de kilómetros el proyectil da en el blanco, como un rayo lanzado desde las alturas celestes; los hombres, desorientados, desesperados, abren trincheras al modo de inmensas sepulturas, y se hunden en ellas esperando la muerte, quizás deseándola. No ven nada, no saben nada; nadie ve ni sabe nada, lo mismo en los campamentos que en los campos de combate, y el mundo asiste á una tragedia malograda. El Esquilo de esta tragedia enorme pero invisible, Dios. Eso, —repitámoslo,— está más allá de lo épico y de lo dramático. Existe una zona de ultravisión y de ultra-audición; existe otra zona que llamar podríamos de ultra-actividad en que las acciones, por exceso, escapan á la potencia perceptiva y se pierden en lo infinito; se proyectan dejando rastros y fi-

jando rasgos, pero su total resultante diríase que se halla por encima de la realidad y no se graba en la historia. Esta impresión nos da la guerra actual: cosa soñada más que verdadera. Los mismos que han pasado por entre el fuego, al salir de él, creerán haber salido de una pesadilla: los mismos heridos, apenas sentirán sus heridas. A los locos en el manicomio su locura repartida y generalizada les parecerá liviana, les parecerá cordura. Cuando se escriba la historia de esta aterradora conflagración, los futuros historiadores procurarán olvidarse de que son tales, abrirán desmesuradamente los ojos, aguzarán los oídos y creerán percibir el eco débil de una tormenta lejana, ó creerán interpretar, en vez de una realidad positiva, documentada, una tradición, una leyenda embalsamada con mil fúnebres envolturas.

La guerra presente reduce á juegos de niños todas las guerras anteriores. Recordad el caballo troyano, los héroes homéricos midiendo su valor en encuentros cabalerosos, el ejército de Jerjes bajo un nublado de flechas, Aníbal y Escipión conduciendo sus legiones como dos pastores á sus respectivos rebaños, César que llega, ve y vence sencillamente porque es César, las batallas de Mantinea, de Egos Potamos, de Ipso, de Cannas, de Arbelas, el individualismo de las guerras medioevales, la guerra de cien años, las de Luis XIX, Rocroy y San Quin-

tín, Condé y el príncipe Eugenio; recordad á Napoleón que pudo decir parodiando al citado Luis XIX, «la guerra soy yo», y decidme vosotros si aquellas funciones bélicas pueden en proporciones ni en caracteres compararse á esta catástrofe mundial cuya esfera de acción crece de día en día y llega ya á los últimos confines del planeta. Parece que combaten, no los hombres, sino las fuerzas del Cosmos; los jefes, simples mecánicos, simples expertos, no obstante toda su ciencia militar, ponen en movimiento como por resorte las avalanchas de los ejércitos. Cuando queremos caracterizar la superioridad de Alemania, decimos: organización, disciplina, mecanismo. Lo demás resulta secundario, aunque sea importante; la inteligencia del Kaiser actúa como la de un relojero, y Germania, gran máquina bélica, se arrastra como un tren militar sobre los campos de la devastada Europa. Al emperador maquinista no le sirve, ni siquiera como cabalgadura heráldica, el cisne de Lehengrin. Pero estamos más allá de la guerra; el progreso moderno, desviado hácia el mal, ilimitadamente poderoso para producirlo, en fuerza de complicarla, la ha superado. La guerra ruge en la tierra, en el aire y en el mar; más inhumana que nunca, es ahora ultra-humana. Esas cosas horribles, espantables en que el hombre apenas interviene más que como víctima sin percepción

y sin conciencia, hemos de considerarlas infinitamente superiores al hombre. Estamos más allá de la guerra. Cuando el montón de cadáveres alcance la altura del Himalaya y llegue hasta la altura de esa montaña gigantesca el mar de sangre, podrá exclamar el hombre que haya provocado la catástrofe, el que tenga la culpa de que al mirarnos todo lo veamos rojo y nosotros nos veamos también rojos, rojo el cielo, rojo el mar, roja la tierra, el culpable de nuestra angustia y de nuestro insomnio, el torturador de nuestro corazón, el amigo de la muerte, el verdugo del género humano, podrá exclamar: «He vencido á la guerra». Y quizás la única esperanza de salvación para los pueblos en lo venidero, se encierre en esa experiencia en que todas las brutalidades, todas las vergüenzas, todas las injusticias, todas las infamias consustanciales y tradicionales de la guerra han sido sobrepasadas y excedidas. ¿No es esto la crisis de la crisis? Pues como justicieramente ha de caer el culpable aplastado por su obra, como el mal producido supera la capacidad de sufrimiento de nuestra especie, como esta acumulación de horrores constituye el máximo de los máximos, la humanidad dirá ¡*basta!* y reafirmará todos los principios vitales que han naufragado en la presente guerra, y la aborrecerá de tal modo que después de vencida el odio la mate; y reorganizará su vida futura bajo las re-

glas inmutables de la moral y del derecho. Guardemos, sí, esta esperanza. Lo que el odio destruya lo reconstruirá el amor.

La neutralidad en los momentos que corren, frente al acontecimiento enorme que se desarrolla tan lejos de nuestra vista, pero tan cerca de nuestro corazón, será una conveniencia nacional, una exigencia de las circunstancias—y en tal sentido hemos de ser políticamente neutrales los españoles,—pero en cuanto hombres no podemos serlo. El pensamiento y el sentimiento mandan en nosotros. Hay una posición sentimental y una posición intelectual frente al conflicto europeo. En virtud de la primera, nuestro interés compasivo, nuestra caridad humana salta las fronteras, que el altruismo no las reconoce, y se derrama como un bálsamo sobre los campos de batalla sin distinguir razas ó pueblos; la caridad es para todos. Vemos en la guerra su último fondo, su último contenido: el dolor, los hogares enlutados, las madres viudas, los hijos huérfanos, los esposos separados por el deber implacable, deshechos los nidos que el amor formara, como deshace la borrasca los nidos de las aves; vemos la suma de dolor contenida en la guerra, abstractamente, y nuestra conmiseración alcanza á todos. En virtud de la posición intelectual, se determina nuestra simpatía hacia aquellas nacionalidades que representan con más títulos el es-

píritu general de nuestro tiempo. Importaría una negación de nosotros mismos el hecho de entusiasmarnos con la acerada é impasible Prusia, ó con el Austria opresora y arcáica. La atmósfera en que intelectualmente respiramos, es la atmósfera que respiran Francia é Inglaterra (no quiero ocuparme de Rusia, factor extraño en esa trilogía política, pero que está recibiendo un influjo modificativo bajo cuya acción se enderezará para vivir libre la vírgen raza eslava, raza del porvenir, educada en el martirio). Inglaterra y Francia son los países de las dos grandes revoluciones redentoras; Francia es la democracia, Inglaterra la libertad. Francia se nos dió entera para que fuésemos lo que somos, hijos del derecho moderno; Inglaterra, maestra de las libertades constitucionales, ha infundido en todos los pueblos cultos el liberalismo de sus admirables instituciones que tienen por base los conceptos del orden, el respeto y la tolerancia. No la admiramos incondicionalmente, pero la admiramos; reconocemos que está en ella, como en Francia, la polarización de nuestras inteligencias. Ni monta tanto el Imperio británico como el Imperio germánico; vitalmente convive el primero con todos los pueblos, y tiene un incalculable poder de atracción, díganlo las colonias inglesas, tan identificadas con su Metrópoli; el segundo resulta incompatible con la paz

y el decoro de los Estados, dígalos la coalición de enemigos alzados contra Germania, díganlo los alemanes ínclitos y sublimes que, para poder vivir, tuvieron que desprusianizarse huyendo al extranjero. El mundo, al defenderse de los germanos, se defiende de un peligro común, el peligro que determina las grandes concentraciones ante la amenaza de las grandes invasiones; así se defendió de los bárbaros, de los árabes, de los turcos. Desde el choque histórico de la Cruz con la Media Luna, nunca los humanos vieron dibujarse en los horizontes símbolos más radicales de dos orientaciones y tendencias más antagónicas. Se trata del régimen de la humanidad, y ese régimen no puede ser la prusianización sin que los hombres libres de todas partes se prosternen al hierro, y borren en sus frentes la señal del bautismo democrático. Por eso, aparte la razón de consanguinidad latina, insuficiente, un poco fabulosa, nos sentimos llevados hacia la extrema izquierda de la guerra los que, en cuanto ciudadanos de la sociedad universal, somos demócratas y somos actuales.

Yo pongo, sin embargo, un gran ahinco en mantenerme sereno cuando todo se conturba y se desquicia; sereno para poder ser justo. Admiro las virtudes que han fundado la fortaleza de Alemania, asombro de los siglos; pero las encuentro excesivas. Por ex-

cesivas han abortado en hechos, en consecuencias que hundén en sombras de horror la gloria germánica y á todos nos llenan de espanto y desconsuelo. Por extraviarse en el rumbo de un feroz egoísmo nacional, inconciliabile con la paz del orbe, por servir á las ansias delirantes de dominación del prusianismo que pretende imponerse á puntapiés, mandobles y culatazos, que proclama orgullosamente *¡Alemania sobre todos los pueblos!*, han engendrado imperdonables crímenes históricos. Alemania ha pasado, en efecto, sobre la desgraciada Bélgica, Nióbé entre las naciones, cuya hermosura y cuya diguidad ha pateado la soldadesca imperial. Un tratado solemne, signado por Prusia en compañía de los grandes Estados con quienes lucha hoy, garantizaba la neutralidad de Bélgica; y Germania pasó sobre él para pasar sobre Bélgica. Bismarck, el insustituible consejero, lo aconsejó desde su tumba: *la force prime le droit*. ¿Pero no es también Alemania la que estos mismos días acusa de desleal á Italia porque ha roto la alianza triple? La deslealtad no puede hablar de lealtad; la injusticia no puede hablar de justicia. ¿Acaso no existe el pudor germánico ni hay ya, según la vieja frase, jueces en Berlín? Alemania, desgarrando el derecho de gentes, violentando la legislación de presas marítimas hasta sacar de ella un permiso salvaje de asesinato sin restricciones,

decreta friamente la muerte de centenares de criaturas, individuos neutrales pertenecientes á nacionalidades diversas, mujeres, niños inocentes, y los torpedos germánicos muerden el casco de un gran trasatlántico, y el *Lusitania* se hunde en los mares entre un coro horrísono de gemidos, blasfemias y maldiciones. ¿Dónde consignaremos esto, en el Haber ó en el Debe de Alemania?

Cuatro palabras sobre el reproche de infidelidad y traición que en esta hora crítica arrojan furiosamente sobre Italia los periódicos alemanes. Casi desde el día mismo en que se concertó, la triple alianza estaba virtualmente rota en la voluntad y en el patriotismo de los italianos; que ese destino cabe á los conciertos diplomáticos forjados en el secreto de las cancillerías, cuando no los vivifica un sentimiento nacional, cuando nacen inviables, cuando son antinaturales y absurdos. Italia, unida á Austria, olvidada de los agravios que Austria le infirió, de los territorios que le detenta y de la decorosa, necesaria aspiración patriótica á reivindicarlos, era un monstruoso contrasentido. En cambio, desde que empezó la atroz contienda Francia é Italia se buscaban; se buscaban, para confundir sus pliegues bajo las iluminaciones de la victoria las dos banderas tricolores. Italia, sin renegar de su sangre latina y de su historia no podía ir contra Francia, no podía olvidar

la cooperación de Francia á la obra de la unidad italiana. Además, las estipulaciones de la Tríplice no obligaban á Italia á seguir los pasos de su mortal enemiga cuando ésta fuese sujeto de una agresión; sólo cuando fuese objeto de ella. Airosamente, hábilmente, con una perspicacia y una gallardía de la alta estirpe florentina, Italia se reservó y esperó. Su hora ha llegado; Italia entra magestuosamente en escena como corresponde á una matrona tan augusta, armada de punta en blanco. Se alza con ella el genio marcial de la Roma clásica. ¿Cual va á ser el resultado de esta esperada intervención? La faz de la guerra puede cambiar rápidamente y los sucesos precipitarse hacia su fin, porque Italia con los aliados aumenta las probabilidades de triunfo. Y el fin, ¿cual va á ser? No actuemos de profetas; lo futuro está preñado de misterio, y la actitud del hombre inteligente, del hombre prudente, ahora, cerrada la noche de la guerra, es una actitud de reserva, de concentración, de meditación; esperar la mañana orando. Si fuéramos pagamos, si creyéramos en los antiguos dioses, les pediríamos que nos iluminasen, como los paladines de la *Iliada*. Cristianos somos é invocamos á Cristo en su ausencia, como los apóstoles, mientras va aclarando y se van descubriendo las señales del porvenir obscurísimo. Pero yo consulto las señales del pasado y os

digo, firme en su interpretación: siempre cayeron, al parecer castigados y deshechos por la Providencia de la historia aquellos hombres y aquellos pueblos que abusaron de la fuerza, que acariciaron el loco sueño del imperio universal. Avanzaron, prosperaron hasta el punto de creerse que habían hecho prisionero al Destino, y en un minuto único, puesta ya la mano sobre la presa, una fatalidad trágica manifestada en un no sé que, en una pequeñez imperceptible, en un accidente imprevisto, en un obstáculo necesario, les derribó. Así cayó Darío, así cayó Aníbal, así cayó César, así cayó Bonaparte; así caerá el poder de Alemania porque se ha convertido en soberbia incompatible con el bien de la humanidad. El mecanismo del poder germánico tiene que transformarse en el sentido de la verdadera democracia, y para esa transformación le es indispensable absolutamente,—la lógica de la historia lo exige,—el vencimiento.

En medio del cuadro horrendo de carnicería y destrucción que nos presenta Europa azotada por las Euménides de la guerra, cuadro que sólo sabría describir el cantor del Infierno ó el sombrío visionario de Patmos, nos sentimos consolados al sentir que tenemos corazón. Creíamos haberlo perdido en las luchas mundanas, bajo la tiranía de las emociones dislacerantes, bajo la maceración de todos los dolores que ha heredado

nuestra época y de los que ella sola ha engendrado, y lo encontramos vivo, en esta hora de tribulación y de contrición inmensas, para llorar el duelo del género humano. Hablo por mí y por todos. Una ola de calor moral, una ola humanitaria pasa sobre la tierra, desde un polo al otro polo. Se organiza el salvamento de los cuerpos y la cura de las almas. Fuera de la vorágine guerrera donde todo lo humano zozobra, lo divino de la compasión sonríe entre lágrimas. Se advierte una porfía de generosidades depu radisimas en contraste con las belicosidades y las hostilidades horrorosas del báratro de la guerra. No hay neutralidad en cuanto neutralidad implique indiferencia: solamente aquella neutralidad de la misericordia que tiende los brazos y los labios buscando en el soldado al hombre, sin diferenciar eslavos, germanos, anglo-sajones, galos ó latinos. A los campos de batalla corren, cruzados de rojo, las damas y los caballeros de la caridad y de la civilización. Y se cuentan silenciosos heroísmos que parecen acercar el Cielo al Infierno...

.

ALEGORÍA DE LA GUERRA

¡1871! Napoleón III se había puesto colorete en las mejillas para ocultar la palidez de su vergüenza ante Sedan. Francia estaba á los pies de la derrota y de la muerte. Francia era un cadáver; pero la gran nación no había hecho testamento, porque pensaba resucitar al tercero día...

Y resucitó gloriosísimamente.

Muchos años después, en un aniversario de la tragedia, el *Petit Journal* publicaba una alegoría terrible. Todo el horizonte rojo, como una maldición; todo el campo encendido en la púrpura de la sangre; la muerte abrazada á Bismarck, saliendo por encima del casco prusiano la guadaña, siempre amenazadora. Aquella fatídica pareja, sobre una masa enorme de esqueletos armados; los esqueletos, entre mil despojos de los combates, fusiles, lanzas, cureñas, banderas destrozadas... Las humanas armazones debajo de las armaduras guerreras, y el hombre de hierro en brazos de la Segadora pisoteando cráneos... Los muertos tenían actitudes vitales; se mostrabau enteros, firmes, erguidos, valientes. Miraban sin ojos, y sin

bocas amenazaban al Canciller. Sin voces hablaban. Y el horizonte, rojo como una maldición; el campo encendido en la púrpura de la sangre...

Renuévase hoy la impresión que me produjo el siniestro cuadro.



Hoy no sabemos lo que en sus flancos contendrá la nube trágica del Destino; pero esa nube obscurece la tierra. Y el miedo, un miedo viril que en el fondo es caridad, nos hace palidecer. Holocausto tan gigantesco á las divinidades carniceras significa que ha sido derrotado el espíritu humano. La fuerza triunfa, y en su triunfo lloramos nuestra derrota. Juzgamos la guerra, no como soldados, sino como hombres.

Mentiríamos, no obstante, si dijéramos que somos indiferentes al resultado; que nos da lo mismo cualquiera de los puntos cardinales por donde pueda venir en infernal galope la victoria. No; eso no. En nuestra conciencia se rompe la neutralidad. Basta que callemos, y el silencio en este caso es otro sacrificio. Yo no diré adonde van mis simpatías, que se escapan de mi alma cual mensajeras, sin yo poderlas contener...

* * *

El Minotauro insaciable pide más; pide las primicias sagradas!... ¡Pobres víctimas que deberían ir al matadero coronadas de rosas! El gobierno alemán llama á los niños para que se militaricen rápidamente, aprendan el oficio de matar bajo la dirección de duros veteranos y ofrezcan á Germania el tributo de su ternura convertida en fiereza. Una nueva recluta, hecha á escape, barrerá la más temprana adolescencia hácia los campos de batalla; la adolescencia, que es la última sonrisa de la infancia, el último reflejo del alba antes de aclarar el día! Manchillos de diez y seis á veinte años, sorprendidos en pleno sueño, cogidos y lanzados como proyectiles al azar de esta épica aventura, de esta cesárea locura. Y morirán y matarán con el nombre del Kaiser en los labios, y abrirán fosas tan cerca de sus cunas, y en ellas, triunfe quién triunfe, enterrarán una inmensa esperanza...

¡Ah! Este dolor no necesita comentarios. Coméntelo el corazón de las madres, que no confunde el patriotismo con el imperialismo.

* * *

Limitémonos á sentir; renunciemos á pensar y razonar. Seamos por fuera neutrales: que no haga la palabra traición al pen-

samiento. Ya hablaremos cuando acabe todo; cuando, todo acabado, la tierra quede, poco más ó menos, como después del Diluvio.

Entonces, para la humanidad y para la historia, habrá que buscar á los responsables y señalarlos como criminales. El laurel ensangrentado se les caerá de las sienes; el beso de la victoria, si la conquistan, frío como el beso de la muerte, no borrará la mancha roja, aunque se la sumerja en las aguas de todos los ríos, de todos los mares.

En la alegoría de las guerras cada una ha figurado una montaña de monedas osamentas: la que ésta levantará tiene que exceder la altura del Himalaya. Y el culpable —sea quién sea— de que, para el mundo entero, la paz se haya trocado en guerra, la vida en muerte, subirá vencedor ó vencido, vivo ó muerto, á lo más alto para recrearse en el espectáculo de la desolación universal. Y le veremos nosotros como en la cima de un descomunal patíbulo.



EL PODER DE LA GUERRA

¡Lo que puede la guerra contemporánea! Para calcularlo, sería necesario pasar revista á sus progresos—¡cuán mal aplicada palabra!—desde los primitivos tiempos heroicos hasta estos tiempos de prosa vil, de ametralladoras y de balas *dun dun*.

Semejante revista nos haría ver la honra con que los antiguos guerreros se atacaban, transformada en magnífico fusil de precisión, en Maüser, en Manlicher; la flecha, en torpedo, el cañoncito de cuya inutilidad quedan aún algunas muestras, en los tremendos cañones actuales que á miles de metros dan en el blanco.

Ninguna pieza de la armadura antigua sirve ya para nada, porque en los combates de hoy casi nada es el hombre. Sustituída su acción personal, casi completamente, por la de las armas, éstas han adquirido tan grande perfección y alcance tan enorme, que en pocos minutos deciden una batalla con cifras de heridos y muertos aterradoras.

El genio de Bonaparte comenzó á comunicar á la guerra el carácter de problema aritmético y mecánico ó, por mejor decirlo,

Napoleón acabó de establecerla y fijarla como ciencia. Cada día lo es más. A medida que se multiplican sus medios ofensivos y defensivos, á par que se perfecciona su material inmenso, el poder de la unidad humana disminuye.

Tanto ha disminuído que apenas representa coeficiente de éxito. El heroísmo sólo aprovecha en encuentros aislados, sin importancia. El pronóstico acerca del desenlace se funda en el respectivo cómputo de fuerzas. No lo alterarán los incidentes prósperos, lo imprevisto, porque en última instancia tendrá razón el que sea más fuerte. Se cuentan los acorazados, se comparan los elementos de la artillería, se deja una parte á la inteligencia directora; pero no se le ocurre á nadie pensar, ni mucho menos decir, que el exclusivo arrojó de un ejército decidirá la victoria contra otro no tan asistido de impetuosa bravura.

Las huestes de Jerjes podían, si disparaban sus flechas, cubrir el cielo: las escuadras y los ejércitos modernos convierten en juego de niños aquellas hecatombes realizadas con el arma frágil, ligera y poética de Cupido. Estas balas nuestras buscan las entrañas del enemigo y las encuentran á distancia de muchísimos metros.

La potencia de la guerra, centuplicada, levanta por medio de una mina un acoraza-

La gran guerra

do de algunos miles de toneladas y, cual si fuese insignificante juguete, lo hace trizas.

El valor personal sólo sirve en casos como ese, para que se salven los que puedan...

Y, casi seguramente, no podrá ninguno.



LA GUERRA, EL CAOS...

La guerra es el mal en absoluto, porque importa todos los males. Una vez declarada entre los pueblos, su radio de acción aumenta constantemente, por horas, por minutos; sigue un movimiento acelerado que multiplica su intensidad. Ni la peste ni el terremoto pueden comparársele. Infecciona la atmósfera moral y mata en los que riñen los sentimientos generosos, dando rienda suelta á los más bajos, á los más innobles instintos.

Los que la desatan se proponen retroceder para avanzar; y en el retroceso llegan hasta la última frontera del salvajismo. Tornan á vivir como fieras los que la civilización había superficialmente dulcificado. La *bestia* resurge. La naturaleza muéstrase desnuda, sin las yuxtaposiciones culturales que ocultaban la fealdad del *fondo*. El fondo es el mismo siempre; la cultura no pasa de la superficie.

Rásquese un poco al ruso y aparecerá el cosaco, se ha dicho. El cosaco está ahí, el hombre primitivo, bárbaro totalmente; pero hágase más extensa la exploración, y se ad-

vertirá que donde quiera que se encuentre un prójimo nuestro bajo las armas, empeñado en lucha con un enemigo, hay una inversión dolorosa de los principios de justicia y de caridad. La conciencia se ha desvanecido, el espíritu se ha evaporado. Un viento de horror ha barrido los gérmenes espirituales hacia el pasado oscuro en que la vida sólo fué combatir, y la persona humana, formada por la labor progresiva de tantas generaciones, camina para atrás tendiendo á disiparse... La civilización retrocede también con ella del medio día á la media noche. No queda sino la fuerza, dígame la materia. Se materializa todo y se apagan los faros del derecho.

La evolución de las ideas y el perfeccionamiento de las costumbres, que poco á poco nos habían elevado sobre el mundo animal trazándonos una trayectoria cada vez más alta, se hacen de pronto estériles. Hay una tregua en el movimiento ascendente; peor que una tregua, un descenso. Sentimos que descendemos. Con nosotros descende el plano real en que se movía nuestra existencia. Resultan invertidos una multitud de valores fundamentales. Los hombres en guerra no piensan, odian; no hablan, rugen; no caminan, saltan. El salto del felino sustituye al *paso civilizado*... Un ejército, por glorioso que sea, es un tropel y un tumulto que marcan en la tierra rastros sangrientos.

La gran guerra

Aplasta y marchita corazones... Mata y derrumba... Atraviesa las mieses, incendia las cosechas, derriba los edificios, ensombrece las almas neutrales y doloridas, para cumplir una única función: la matanza.

Y para realizar esto, que tiene su punto de arranque en lo más hondo de la entraña humana emponzoñada y corrompida, dispone de energías superiores á las de la peste y el terremoto. Y esto se explica con una frase que dijera Atila, que se escuchara en las más remotas edades del mundo: «En la guerra como en la guerra».

Quiere decir que la declaración de hostilidades lleva consigo la vuelta al caos. Del caos salimos mediante la guerra, pues bélica hubo de ser la primera manifestación vital, un combate entre los indisciplinados elementos cósmicos, y por la guerra volvemos al caos...

NO VEMOS, NO SABEMOS...

Terrible es el espectáculo de Europa; espectáculo que por horas se agrava y que tiene un horror dantesco, apocalíptico. Parece haber retrocedido el mundo, de un golpe, á la barbarie antigua: las pasiones y los odios se han desencadenado, casi todos los pueblos europeos, grandes ó pequeños, fuertes ó débiles, están en guerra. El derecho internacional, dictado por los poderosos para burlarlo cuando les conviene, es destruído á cañonazos como una pobre fortaleza. Los ejércitos que avanzan, pisotean la civilización, un cuerpo muerto. Nada hay estable ni respetable.

Los hombres se acometen y se matan como fieras invocando intereses nacionales; se han desatado todas las furias, que preparan una catástrofe universal. Las armas esgrimidas en la contienda desgarran el corazón de la democracia. Se ha decretado una matanza monstruosa, y las muchedumbres humanas van al matadero cantando himnos patrióticos. La muerte reina hoy más que nunca sobre todos: en su honor se celebra

esta fiesta, la danza macabra de las naciones.

Miramos encrespase y embravecerse las olas de este mar tormentoso que ahoga tantos siglos de cultura; mar de sangre... Las fronteras están erizadas de bayonetas; los ejércitos se diseminan como hormigueros destructores y, al chocar unos con otros, se ensangrientan y se borran las sendas recorridas por las hormigas belicosas. Contemplada la riña desde las estrellas, ¡qué miseria, qué espanto y que dolor!

Sobre los campos de batalla ha caído la noche moral; lo más angustioso es que no *se ve*, no *se oye*. La visión se perturba; los ruidos que percibimos no pueden discernirse ni separarse. Sólo sabemos que nuestros hermanos—lo son igualmente cuantos combaten por distintas causas, instrumentos ciegos—*se matan*.

El telégrafo trasmite impresiones confusas en que el estruendo de la artillería parece un griterío de maldición; se buscan las escuadras enemigas, cargadas de proyectiles y de odio. Alemania lucha contra Europa; para encontrar algo semejante á este duelo gigantesco hay que retroceder en la historia hasta la primera República francesa y el Imperio napoleónico batiéndose con las coaliciones europeas. Y aún es más grande, mucho más grande, la conflagración presente.

La gran guerra

Hoy adquiere la guerra una grandeza *material* que nunca tuvo, porque nunca poseyó tan formidables elementos. Bajo su peso, incesantemente multiplicado, la humanidad entera nota que le falta el aire, la luz, la vida. Experimentamos una sensación de asfixia, de congoja sin límites

Y nosotros mismos, espectadores lejanos, sentimos que nos destrozan.

Obligados á esperar, esperando sufrimos con el sufrimiento de todas las víctimas de ese inmenso sacrificio cuya finalidad no se nos alcanza...

LAS GRANDES GUERRAS

Todas las grandes guerras históricas ofrecen en su génesis un rasgo de semejanza: las provocó la ambición de un hombre ó de un pueblo. Si profundizamos en sus causas más remotas, veremos que el mismo afán de dominación, la misma tendencia á la universalización de un poder nacional, acaso personal, las arrojó furiosas sobre el mundo. Delante ó detrás del Estado agresor se hallaba un hombre extraordinario que movía las masas guerreras, que mantenía los estímulos de la lucha que alimentaba el fuego sagrado del patriotismo. Esas figuras excepcionales encarnaban el alma de sus respectivos pueblos. Aquéllas no hubieran sido posibles, á no haber ellos existido.

Sólo las guerras defensivas levantan en peso una nacionalidad y le infunden el ardimiento belicoso que genera las hazañas legendarias, casi mitológicas, argumento de poemas. Los caudillos lo fueron todo. Cartago no tuvo más que una cabeza: Aníbal. Sin César, le faltaría á Roma su primera página militar, la conquista de las Galias; sin Alejandro, la tempestad arrolladora de las ar-

mas macedónicas no hubiera llegado hasta la India profanando los seculares misterios asiáticos; sin Napoleón Bonaparte, la Revolución Francesa no hubiera podido difundir su espíritu y cumplir su testamento, porque bajo las púrpuras de aquel Imperio salido de la nada, popular en su origen, improvisado en los campos de batalla, avanzaba la nueva luz que en las cumbres de la Convención se había encendido... El emperador caudillo imponía á las gentes vencidas el bautismo democrático y su cetro era también vara mágica. Bonaparte era un hijo renegado de la Revolución.

En la guerra de ahora—se ha dicho, y es cierto—no hay potencias individuales, sino potencias nacionales. Se ven los pueblos, pero apenas se ven los hombres. Falta un valor supremo de representación unipersonal: ni Joffre, ni Moltke, ni French, alcanzan esa virtud de símbolos activos: son jefes inteligentes, hábiles, nada más; buenos técnicos, no personalidades máximas y grandiosas. Realizan muy bien sus planes tácticos; se pierden en la inmensa sombra de Francia, de Inglaterra, de Alemania, conduciendo diestramente sus ejércitos.

Tuvieron otro carácter las grandes guerras antiguas. Entonces se acusaba enérgica la unidad humana en la agregación de los contingentes guerreros y una unidad superior representativa personificaba esa cosa

La gran guerra

formidable que quiero escribir con mayúscula: el Mando. Se trataba de mucho más que de mandar en jefe; se trataba de concentrar todas las energías físicas y espirituales de una nación en una individualidad soberanamente poderosa. Aníbal fué Cartago, Alejandro fué Macedonia, César fué Roma, Napoleón fué Francia... Hoy, ni Joffre es Francia, ni Guillermo II es Alemania, ni French es Inglaterra.

Tampoco los móviles de aquellas titánicas contiendas antiguas se asemejan por completo á los de esta terrible conflagración. En las guerras púnicas empezaba á ventilarse el viejo litigio del dominio del Mediterráneo; pero, la cosa disputada no hubiera modificado radicalmente el destino de los meridionales por el hecho de haber triunfado Aníbal en vez de Scipión. Tendríamos abiertos *los mismos caminos*. Véase sobre este punto el razonamiento, maravilloso de profundidad, que expone en un libro reciente Ortega Gasset.

Guillermo Ferrero ha demostrado que la conquista de la Galia respondió en el pensamiento de César, á un plan exclusivamente económico: César la ideó como comerciante, como financiero, para fortalecer á Roma. En cuanto á las campañas napoleónicas, volaba con ellas, ávida de gloria y poderío, el águila de la Revolución que era el alma misma de Bonaparte...

En la guerra actual se oculta una complicación inmensa de ambiciones y pasiones. Lleva en su fondo algo de todo aquéllo; pero no se definen claramente sus características, ni tiene verdaderos caudillos. Su expresión se ha ido simplificando y en este período la definimos así: *Britania contra Germania.*

AMOR LATINO

«Todo hombre—ha dicho un célebre escritor francés,—tiene dos patrias: la suya y la Francia».

Es verdad. Yo, por mi parte, siento que mis patrias son dos y que, intelectualmente, Francia me ha alimentado á sus senos ubérrimos. Como yo, casi todos los iniciados, los participantes en la vida moderna, se lactaron de la gran nodriza. Condición necesaria de esa iniciación es ir á pedirle á Francia lumbre para la mente, calor para el alma. La más alta cima histórica, la Convención, se iluminó con el espíritu francés, y de todas partes la vió y aún la vé y siempre la verá el mundo como la cuna tempestuosa donde nacieron, entre truenos y rayos, nuestras libertades.

Los hombres de la Enciclopedia fueron los evangelistas de la edad revolucionaria que no ha terminado todavía. La literatura francesa ha hecho las dos grandes revoluciones, romántica y naturalista, después de haber refundido el clasicismo. La crítica francesa tiene á Sainte-Beuve y á Taine. La ciencia francesa tiene á Lesseps y Pasteur.

Y tiene París, especialmente, según ha hecho notar Emilio Montegu, el mérito de haber vivido y luchado para la humanidad entera.

Con razón pudo escribir Víctor-Hugo en la dedicatoria de uno de sus libros: *A París, capital de las naciones...*

Amemos á Francia, amemos á París reconociendo esa maternidad.

* * *

No debe sorprendernos el hecho de que nuestros más altos pensadores y nuestros más conspicuos intelectuales proclamen hoy este amor á Francia que es en su esencia amor latino.

Proclamamos con él las glorias de la raza inmortal á que pertenecemos, como Francia las canta al cantar las nuestras, como al volvernos hacia Italia sentimos el deslumbramiento de todas las auroras del arte y del espíritu que han iluminado aquella divina tierra. En resúmen, hacia el eterno laurel de la latinidad, cantado portentosamente por el genio de D'Anunzio, tendemos las manos.

Pero esta hora de España, Francia la llena. Y aunque del afecto de los franceses no podemos estar seguros para el porvenir,

La gran guerra

parece que los Pirineos se han achicado; parece que las viejas burlas desdeñosas se han trocado en veras afectuosas, y que el pueblo de Bayardo nos ofrece un cáliz de miel.

Aceptémoslo, ofrezcamos en cambio nuestros sentimientos de hidalguía y esperemos...

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Conviene que de una vez nos entendamos sobre esos conceptos de bárbaros y de cultos que alternativamente lanzan sobre los alemanes sus partidarios y sus adversarios en la guerra presente.

La nota de barbarie aplicada á Alemania es la negación de toda la inmensa, múltiple y magnífica cultura germánica, incorporada al progreso intelectual del mundo: cae inmediatamente sobre los mismos que la formulan. Si Alemania es inculta, inculta tiene que ser Europa, desde el punto de vista de las ideas.

El tesoro ideológico aportado por el pensamiento germánico nos pertenece en cuanto hombres de la civilización; constituye la mayor y mejor parte del acervo común de la cultura contemporánea. En funciones de pensar, hemos de reconocernos germanófilos: no la Prusia guerrera, pero sí la Alemania especulativa, ha alimentado nuestro espíritu. Sus filósofos nos han dado un *idearium*, arsenal formidable. Kant y Hegel han sido supremos dictadores de la inteligencia.

Sus poetas y sus sabios nos han ensanchado y embellecido la vida. Hay un *germanismo* civilizador, ennoblecedor, del que somos tributarios y súbditos: éste es el que amamos. Nada queremos con el otro.

Alemania ha abierto sobre el infinito las grandes vías metafísicas. Esto bastaría para su gloria eterna. Alemania *ha creado* la música y, mediante Beethoven y Wagner, pasando por la Vía Láctea de sus excelsos compositores, sinfonistas, operistas, ha hecho de ese arte una escala luminosa para subir al cielo. La humanidad se diviniza en la divinización de la música germánica. Sólo ella nos da ese *absoluto*, ese rescate de las almas doloridas ó extraviadas. Tiene en Wagner al Esquilo de la armonía.

Los españoles, muy particularmente, no podemos olvidar que fueron alemanes nuestros *reveladores*; que toda nuestra riqueza literaria, todo el oro mental de nuestros siglos áureos, alemanes lo depuraron y aquilataron, alemanes lo sacaron de las entrañas de la mina á la superficie. En Alemania existen cátedras de quijotismo, aulas académicas donde se practica concienzudamente la crítica y la exegésis del *Quijote*; en Alemania se conoce á Calderón mucho mejor que en España, en Alemania se saben de memoria *La Vida es sueño* y *La Devoción de la Cruz*. Los hermanos Schlegel y el conde Schack han sido los mejores historiadores

La gran guerra

de nuestras letras. Schiller encontró en nuestros fastos asuntos para sus más brillantes dramas. Nuestro romanticismo nació del romanticismo germánico como trasplante feliz bajo el cielo del Mediodía. Si fuéramos enemigos de Germania, seríamos enemigos de nosotros mismos, renegaríamos de nuestra casta. No lo somos, no podemos serlo.

Lo que repudiamos, como intelectuales, es el ideal prusiano, que ni siquiera nos parece ideal: la fuerza sobre el derecho; el casco, la espuela y el sable, constituídos en símbolos de una absorbente política imperialista; los ensueños místicos de dominio universal, de prusianización forzosa por el hierro y por el fuego; el imperio conquistador que nos azota con la guerra.

Execramos lo que execraron los sumos intelectuales teutónicos. Nuestros anatemas y nuestras lamentaciones no llegan al punto acerbo, exacerbado, á que llegaron los de Heine, víctima ilustre del prusianismo. Goethe, si viviera hoy, perdería su serenidad ante los extraviados vuelos de su hermana gemela, el águila germánica; querría rectificárselos; volverla á las cumbres donde se forja el rayo de la idea, evitarle la caída entre los falsos esplendores de las hazañas belicosas. Trazaría el rumbo de su patria *dentro de su ley*.

Si viviera Nietzsche, á pesar de su impe-

rialismo filosófico, precedente de esta locura cesárea en las altas regiones cerebrales, habría de repetir su teoría famosa acerca del *presto* francés y el *lento* tudesco, sentenciaría imparcialmente. Sólo Fichte, el gran pedagogo sociólogo, duro maestro del pueblo alemán, si viviera, quizás aprobaría la vuelta al caos que significa esta lucha feroz en la que Alemania pone tanto fuego y tanto hierro...

Pero, finalmente, entendámonos, distingámonos. Sépase lo que se dice cuando se pronuncia la palabra *barbaros* en estas circunstancias. En la guerra todo es barbarie á repartir. La guerra es un estado de barbarie que tiende á generalizarse. La guerra desnuda al hombre bajo todas las banderas.

BRITANISMO Y GERMANISMO

En manos de Inglaterra, el *gran cetáceo*, como la llamó Larra, está hoy el porvenir del mundo, supuesto que decidirá Albión el desenlace de la presente guerra, más terrible que ninguna. Sus hombres directores así lo han declarado terminantemente, repetidamente.

Y no era necesario que lo dijeran. La intervención del factor británico en la contienda supone un duelo á muerte entre los dos colosos, Inglaterra y Alemania. Prescindiendo de los otros factores, hasta del ruso, tan abrumador por el número y por la fuerza, vienen á colocarse en el plano principal alemanes é ingleses. Todo lo demás adquiere carácter episódico, aunque sea grande y temible.

Porque de lo que se trata, en último término, es de la hostilidad del poder británico contra el poder germánico. El vencimiento de las restantes naciones en lucha no modificaría fundamentalmente la situación de Europa; el de Inglaterra ó Alemania, sí la modificaría.

Imagínese el primer caso, y el britanis-

mo, que significa el predominio de un Imperio con una esfera de influencia universal, cada vez más dilatada. sufriría un golpe tremendo. Inglaterra dejaría de ser temida, como resultado de la derrota. La hegemonía que representa y que abarca todas las manifestaciones de la actividad, principalmente las del comercio y la industria, pasaría á su antagonista. Habría un desplazamiento en el orden político europeo. «La torre que no cae», como llamó á Albión Nicolás I de Rusia, se vendría á tierra aplastando muchas gentes y muchas cosas en su desplome. Abriríase un vacío inmenso que ocuparía Alemania. Los dos pueblos, quizás igualmente fuertes, pero orientados hacia opuestos ideales, por ello son incompatibles.

No olvidemos que Inglaterra encarna el principio de la democracia práctica, fecunda, vivificadora; su rey ejerce, estrictamente, las funciones de un primer magistrado. Es tan sólo una figura representativa puesta en la cumbre; refleja el prestigio tradicional de la monarquía británica, sin pesar de ningún modo sobre sus súbditos. El Kaiser alemán concentra, en cambio, todos los poderes y Alemania es la encarnación de un régimen cesarista, militarista. El triunfo de sus ejércitos implicaría afirmar y expandir ese espíritu fuera de las fronteras nacionales; la tendencia á germanizar todo

el mundo contemporáneo. El hierro teutónico penetraría en todas partes; en donde quiera grabaríase el cuño tudesco. La insignia orgullosa de los germanos refulgiría como un sol sobre la tierra.

Imagínese el segundo caso, y apenas habrá novedad. Inglaterra seguirá dominando pacíficamente: sus escuadras seguirán recorriendo los mares, su comercio ensanchando el radio de influencia, su industria multiplicándose y difundiéndose; sus colonias viviendo y progresando, bien halladas bajo el cetro inglés que no las agobia. Las condiciones generales de la vida mundial no sufrirán una alteración sensible.

La guerra se ha entablado entre el britanismo y el germanismo principalmente. Las perspectivas de la victoria resultan muy diversas para la humanidad, según que se la atribuya al uno ó al otro Imperio.

Y nosotros no hacemos sino encararlas, desde el punto de vista de una crítica desapasionada, serena. Estas observaciones expresan solamente la visión alternativa de las consecuencias que tendría la guerra si vencieran los alemanes, y las que tendría si triunfaran los ingleses. No juzgamos; meditamos ante el misterio de lo futuro.

LA SANTA RUSIA

La guerra ha dado á la Santa Rusia relieve y actualidad. Esa Rusia santa, para el ruso patriota, es el esclavismo completo: los sentimientos, las costumbres, las tradiciones, la manera de ser y de pensar que caracterizan al pueblo eslavo, la historia moscovita en los momentos decisivos en que la representaron Pedro I y Catalina II.

La pasión de la patria se muestra en Rusia tan fuerte y honda, que hoy será difícil encontrar un súbdito del Emperador que no sea imperialista, porque el Imperio está amenazado. Los rusos son principalmente rusos, unidades dentro de la ciudad vastísima de la nación que hizo retroceder á Bonaparte. El Imperio, aún para los que lo niegan, lo odian y lo combaten, aparece como una personificación de la Santa Rusia, y siendo Rusia santa, sus hijos, en los instantes de crisis, sólo ven la santidad de la madre. Sólo en la madre piensan, y ya el Czar, la autoocracia, las instituciones absolutistas, dejan de existir á sus ojos velados por la emoción del temor y de la incertidumbre.

Aunque alguna aislada rebeldía estalle,

el sentimiento general es éste, y en él estriba antes que en otra base cualquiera el poder de Rusia, manifiesto en una organización interior consistente y férrea por lo apretado de los vínculos que la mantienen. La disciplina del despotismo da á los países que la padecen el vigor de la cohesión á cambio del sacrificio de la libertad. El *mujik*, el aldeano, el campesino, acostumbrado á la servidumbre, cambia sin mucho esfuerzo el yugo del trabajo diario en que se afana y se agota, por el yugo de la existencia militar. Fácilmente se transforma de siervo de la gleba en soldado. Y lo único que sigue viendo claro en su conciencia es la imagen de la Santa Rusia.

Criterios superficiales deducirían de lo que digo un argumento en contra del nuevo régimen. Nada sería más falso que esa conclusión arbitraria. Las facultades peregrinas del hombre eslavo actual fundarán mañana la predominancia avasalladora del esclavo redimido y transmutado. El cosaco no dejará de ser cosaco el día en que viva bajo instituciones libres; será guerrero y será además ciudadano, con lo cual verá doblada su fortaleza. Pero hoy por hoy, constituido en semi-barbarie, la disciplina que el despotismo le impuso determina su gran resorte de acción.

Arranquen al *mujik* de la esclavitud de la miseria, enderécenle sobre la tierra ári-

da y helada que le absorbe y aniquila, prócurenle dignidad, independendia, instrucción, y el proletario ruso conservará, metamorfoseado, la virtud de resistir que debe á su cautiverio político, con lo cual habrá de ser doblemente brioso. Pero, hoy por hoy, el *mujik*, tanto como el cosaco, se afianza en los hábitos de su domesticidad secular para amar y servir, por encima del Emperador, á la Santa Rusia. (No defendemos ni combatimos aquí ideas; exponemos hechos, hacemos critica. A la democracia corresponde, en Moscovia como en todas partes, el papel de incomparable reconstructora y obrera).

La Santa Rusia es ese conjunto de relaciones y de tradiciones. Permanecerá después que su representación visible y su organización hayan cambiado; permanecerá siempre, porque santidad significa inmortalidad. Lo que se mudará en esencia y en apariencia será el carácter del pueblo moscovita, sin perder por ello sus cualidades originales é históricas, llamadas á vigorizarse y á vigorizar la Rusia del futuro. Tal mudanza la vienen preparando los escritores eslavos, cuyo pensamiento forma glorioso nimbo á la vírgen Moscovia. De ellos, de su obra, me ocuparé en otro artículo.

GERMANIA

Pasaron bajo mis ventanas, y mi vista les siguió largo rato complacida en recoger aquella hermosa visión... Eran soldados alemanes que recorrían la ciudad correctamente formados, moviéndose como un cuerpo de muchas cabezas y muchos pies, batiendo con el paso un compás preciso y magestuoso. A las órdenes de un solo jefe, desfilaban con un canto marcial.

No entendía yo la letra de aquel canto, naturalmente; pero me pareció el himno del germanismo triunfador. La arrogancia de la victoria iba con aquellos mocetones fornidos y parejos, altos, vigorosos, de aspecto sano, con mofletudos rostros color de manzana madura, el color que no le gustaba á Heine. Constituían bellísimos *spécimens* de una fuerte raza, educada físicamente en el gimnasio y en el cuartel, fortificada con el sentimiento de su superioridad y con el recuerdo de sus éxitos militares y de sus conquistas científicas. Era Germania en carne y en espíritu...

Mas que vivientes fantoches, como han sido llamados muchas veces, creí ver en los soldados de Alemania un bosque humano en movimiento, troncos robustos provistos de savia exuberante... Las dos grandes educadoras corporales, la gimnástica y la esgrima, han producido en colaboración tanta fortaleza. El sentido positivista de una civilización integral ha creado ese tipo perfecto de ciudadano y de soldado. Se comprende que la rebeldía de los *hereros*, que aquellas falanges que marchaban entonces á sofocar, apenas preocupara á Guillermo II, símbolo él mismo del pueblo que dirige.

Desprendía el exámen de aquel conjunto una impresión sintética de pujanza, de poderío activo é indiferente... Las sombras de Arminio y de Vercingetorix, los viejos guerreros, caminaban en compañía de los intrépido expedicionarios, templada la primitiva fiereza por la adaptación al medio moderno, por el germanismo actual, que reúne caracteres espartanos y elementos atenienses.

Era, sí, una civilización, un mundo lo que pasaba en la agitación de una marcha militar y en las notas de un himno patriótico.

Pasaba Germania representada por aquella robusta selva humana en movimiento. Lleno de amargura, la comparé con otras humanas vegetaciones, depauperadas, débiles, raquílicas...

Y hoy, cuando los pueblos prueban su

La gran guerra

respectivo vigor en el yunque de la guerra bajo los martillazos del Destino, irresistiblemente evoco la visión remota.. Incendiarán, arrasarán, talarán la selva de Germania, pero no arrancarán las raíces que tan hondo han penetrado...

UN GRAN PUEBLO (1)

El balance de la fuerza y la riqueza de la Gran Bretaña en el año anterior arroja un resultado portentoso. El cuadro general es de una prosperidad sin ejemplo en todos los ramos de la producción, en todos los elementos de progreso y vida.

La prensa inglesa publica esas cifras y esos datos felicitándose, como es natural, del adelanto de su país; la prensa extranjera, de todas partes, les consagra admirativos comentarios. Inglaterra mantiénese triunfante en el primer plano de la civilización moderna, á la cabeza de todos los pueblos.

No sólo conserva su rango histórico de primer orden, sino que lo ha elevado más aún; el esplendor de la venturosa era victoriana se ha acrecentado bajo los sucesores de la gran reina, y la gran nación ha seguido ascendiendo. Ciertos pesimistas, ó más bien enemigos del nombre británico, los alemanes singularmente, habían señalado un principio de decadencia, una labor inicial de minadora carcoma, en el cuerpo del magnífico Imperio. Se había creído reconocer síntomas inquietantes, amenazas para el poder de Inglaterra, en la actitud revolu-

(1) Este artículo fué escrito y publicado en 1914, poco antes de estallar la guerra.

cionaria de los nacionalistas de la India. Ni por ahí ni por ningún lado apunta el peligro que se fantaseó, y el poderío nacional más grande que vió el mundo, permanece inmovible sobre sus recios cimientos.

El comercio inglés en 1913 alcanzó un desenvolvimiento verdaderamente fabuloso, concretado en guarismos que pasman; la totalidad de las transacciones en exportación é importación excede de cuanto antes se había visto, aún habiendo sido siempre tan enorme el movimiento mercantil británico. No menos prodigioso es el vuelo y la energía expansiva de todas las industrias, cuyas compañías explotadoras han repartido muy altos dividendos; y la minería y la agricultura muestran el mismo impulso ascendente. El número de patentes de invención ascendió á 30.000. El utilage industrial y los perfeccionamientos mecánicos siguen el propio progresivo impulso. La marina mercante y de guerra sostiene su superioridad extraordinaria sobre las de los otros Estados, superándolas en proporción enorme. La escuadra contará pronto con nuevos buques incomparables, y para proseguir fomentándola se han votado cuantiosos créditos. Los planes del Almirantazgo en este punto son, como todo lo demás, asombrosos. En lo que á la marina mercante se refiere, aquellos astilleros continúan lanzando al mar navíos poderosísimos.

Las leyes obreras de Lloyd George han mejorado considerablemente la situación de las clases necesitadas, los salarios han subido mucho, y las instituciones de socorro y previsión se hallan en pleno auge. Cuando sean llevadas á su último complemento esas leyes y esas fecundas iniciativas, Inglaterra habrá completado su obra de engrandecimiento social y político, cuya última expresión, suprema victoria del ideal democrático, será la autonomía concedida á Irlanda.

Otra de las señales del progreso británico nos la ofrece el mucho terreno conquistado por el feminismo en la práctica; no la campaña sufragista, traducida en insanas exageraciones, pero sí el feminismo razonable y posible que cada día logra una conquista. La mujer en Inglaterra ocupa ya todas las posiciones y ejerce todas las actividades á que tiene indiscutible derecho. Donde quiera que su concurso pueda ser útil, pueda ser eficaz, allí la vemos, dueña de su personalidad, competidora del hombre, co-partícipe del trabajo masculino.

De este modo la Gran Bretaña, esa inmensa escuela de libertad, surge hoy más fuerte, más rica, más victoriosa que nunca. Los hombres que la dirigen pueden encarar satisfechos lo futuro y decir orgullosamente que en sus manos la potencia anglo-sajona se ha multiplicado y perfeccionado. Es que á sus desvelos inteligentes responden las

capacidades y las virtudes de un pueblo admirable.

Sí, ¡admirable pueblo! Hace poco lo elogiaba con entusiasmo nuestro excelso Galdós, en cuyo espíritu hay mucho de sajónico constructor y perseverante. Nosotros, que sabemos lo que puede y vale Inglaterra, colocados aquí en posición á propósito para ver discurrir las corrientes del poder británico encaminadas hacia todos los puntos de la tierra, desde nuestro aislamiento insular también lo admiramos.

SILUETAS DE LA GUERRA

EL OSO Y EL MICO

Comparar á un ruso con un japonés es casi lo mismo que comparar á un oso con un mico. Los vasallos del Zar, por lo común aventajados de estatura, se yerguen fantásticamente en medio de la niebla, curtidos por los fríos del Norte.

La contemplación de Rusia inspira en seguida la idea de la fuerza. La extensión territorial, las fuentes de riqueza, la cifra enorme de habitantes que forman aquel gigantesco imperio, suscitan ideas de magestad y poderío. Tipo representativo de la impetuosa vitalidad rusa, magnífico ejemplar eslavo, el cosaco membrudo y sanguíneo, de robusto pecho, de fuerte mandíbula, de hirsuta barba, de abundante pelambreira, montado en su caballo y apoyado en su lanza, bajo sus pintorescos arreos que al reflejo de la nieve brillan, reproduce la envergadura de los atletas clásicos. Nada iguala la energía de este gaucho armi-potente de las orillas del Don.

En un canto célebre, Epronceda lo hizo vivir para el arte, evocado con vigoroso colorido poético. Aún lo sentiremos pasar en cabalgatas arrolladoras como trombas humanas, si recordamos aquellas estrofas ardientes que, al ser recitadas, dan el calofrío de lo épico.

Y Napoleón, ante el cosaco que avanzaba barriendo sus intrépidos legionarios, dijo: «Europa ha de ser eslava. El panslavismo tuvo en Bonaparte su primer anunciador.

Pues esa es la representación más característica de la desmesurada Moscovia, y aunque todos los rusos no sean cosacos, la pujanza de aquellos hombres durísimos indica hasta donde puede extender su brazo Rusia y con cuanta violencia aniquiladora puede descargarlo. Los vientos helados de la estepa empujan sobre Europa y sobre Asia las sombras que bajan del Cáucaso y de los montes Urales. En esas sombras van alientos misteriosos de un pueblo virgen cuya verdadera misión histórica no ha empezado á cumplirse todavía.

* * *

Comparemos al ruso con su antagonista de 1902, puesto que el paralelismo se nos impone. ¿Qué es, en cambio, el japonés, habitador inquieto de los archipiélagos del Extremo Oriente? ¿Qué son aquellos hombres,

amarillos como las hojas secas del otoño?

Pequeños, vivarachos, infantiles en apariencia, han deletreado rápidamente las civilizaciones occidentales y se las han aprendido de memoria. Las imitan caricaturizándolas con la exageración grotesca de sus recién adquiridas costumbres. Poseen cuanto posee la Europa culta, pero lo han desnaturalizado un poco al adaptarlo. Su progreso, sin embargo, es positivo, fundamental, profundo. Su rostro, simiesco, movable en grado máximo, bien que privado de expresión, nada dice. Secos y lampiños, no se les conoce la edad en la cara, hasta que envejecen, como ocurre con los negros. Pero el negro es refractario, y el amarillo en la rama japonesa, muy al revés, se halla asistido de una extraordinaria facilidad de asimilación.

Tan de prisa ha tomado los hábitos europeos que no ha tenido tiempo de ajustárselos convenientemente, y unos los lleva largos, otros cortos. Resulta, en general, la caricatura del hombre de Europa. Tales son las impresiones de los viajeros ilustrados que han estudiado á fondo el Japon.

No obstante estas deficiencias, los japoneses han adelantado de un modo asombroso, han absorbido á sus vecinos los chinos, y se han asegurado la hegemonía de Asia.

En la guerra ruso-japonesa se probó que el mico vale más que el oso.

EL PALACIO DE LA PAZ ⁽¹⁾

Se ha terminado y acaba de inaugurarse en la Haya el Palacio de la Paz. No menos de sesenta millones se gastaron en el soberbio edificio, y esos millones los dió Carnegie, un plutócrata de los Estados Unidos que cultiva con su dinero los grandes ideales de la humanidad.

En homenaje á la pacificación humana se levanta ese templo cuya magnificencia deslumbradora ofusca el nombre del generoso donador. La riqueza y el arte han dicho allí su última palabra. Mármoles, bronce, cristales maravillosos, suntuosidades mil se han acumulado en la gigantesca fábrica.

Pero el templo estará siempre vacío. ¿Cree alguien que la Paz irá por último á habitarlo, que la dulce paloma emblemática hará nido en alguna de sus torres ó de sus cúpulas? Vacío estará siempre si se espera que lo ocupe, que lo llene, la idea redentora de la fraternidad universal.

Lleno, en cambio, si se considera que el espíritu belicoso de los pueblos, las ambiciones y las pasiones de los hombres repre-

(1) Escrito y publicado al inaugurarse el Palacio de la Paz.

sentadas en la realidad de una guerra sin fin, traspasarán sus puertas para extenderse por todos sus ámbitos.

Como representación de la Paz, será la arquitectura de un hermoso sueño; como símbolo de la concordia entre los Estados y el desarme de las fuerzas guerreras, tan sólo un amor santo grabado en piedra indestructible...

De modo que un lirismo humanitario que encontró su instrumento en un rey financiero, en un dictador de la Banca y de la Industria, ha erigido esa profana Catedral para que ningún dios vivo la habite. Habrá en ella un ara ante la que se harán sacrificios estériles. Y ningún vuelo de ave divina, de ave mensajera, resonará bajo sus bóvedas solitarias. En el umbral hará guardia la guerra, que es la síntesis pavorosa de los enemigos del alma, dueños de la tierra. El culto de la paz es un culto platónico en una iglesia donde se dirigen plegarias á lo imposible y se eleva el pensamiento á lo inaccesible. El día en que baje la paz sobre todos nosotros, se habrá acabado nuestro mundo. Armas, átomos, ideas no reposarán jamás; lucha bajo los cráneos, lucha en el polvo vil, lucha en el aire excelso... ¿Cómo pretender que la guerra finalice sin que cesen la vida y la historia?

Carnegie, buen sujeto no corrompido por el oro, ha empleado sesenta millones en

erigir un monumento á una esperanza. De esperanzas no viven los hombres; viven y mueren de realidades. Habría sido infinitamente mejor emplear esa millonada en obras filantrópicas y educativas que ensancharan con positivos triunfos sobre la miseria y el dolor las fronteras del reino de la paz, hija de la bondad y la justicia. En vez de ir contra la guerra, ir en derechura hacia la paz. En vez de palacios para aposentar abstracciones, pan, lumbre y albergue para los miserables... Por ahí se va á la paz y se disminuyen las causas de la guerra, la que perpetúa el desórden en el fondo del órden aparente, la única que se puede vencer con el oro vivificador...

Pero el Palacio de la Haya será como el templo de Jano; no estará nunca de veras habitado ni cerrado definitivamente, aunque estén llenos de amor fecundo y cerrados al mal, al *enemigo*, muchos nobles corazones.

La paz no existe; ni individual, ni colectivamente. El viejo politeísmo que, con profundo sentido humano, representó á la guerra en Belona, como supo simbolizar admirablemente todas las cosas de la vida, á la paz no la personificó en ninguno de sus mitos gloriosos. No creía en ella.

NEUTRALIDAD Y HUMORISMO

Nosotros deseamos, ante la guerra europea, mantener una actitud inquebrantablemente neutral, como observadores y juzgadores; cosa difícil, porque tenemos nuestra alma en nuestro almarío. Hay para estos enormes acontecimientos históricos en los que los miran una definición interna y una posición externa, correspondientes al deber de la neutralidad nacional.

Nosotros lo cumplimos con extriez meticulosa. Somos españoles convencidos de que á España no le convienen compromisos ni participaciones en la gran marimorena. Esto nos basta. Cuando decidimos escribir sobre las empresas y las hazañas de los ejércitos germánicos, nos pasamos la pluma de la mano derecha á la mano izquierda, haciéndonos los zurdos; queremos decir los suecos (¿quienes más neutrales que los suecos?) Cuando nos incumbe comentar los movimientos de los aliados, otra vez el arma á la diestra. Tenemos nuestras *dos alas* correspondientes. Así, Cristo con todos (nos parece que Cristo no está con ninguno).

Y sucede, en cumplimiento de la abstención, de la no beligerancia periodística, que hoy escribimos un himno exaltado á la

salud y la juventud del Imperio teutónico, y mañana nos entusiasmos con la gallardía francesa, la impasibilidad británica, ó el terrible empuje ruso. Ahora alabamos el heroísmo de los belgas, interpuesto como una fortaleza inexpugnable entre los *dos oceanos*, y después nos rinde de asombro el vigor de una carga alemana. Bien admiramos la reciedumbre bélica del Kaiser y de su hijo primogénito, bien nos encanta el paso lento, magestuoso, seguro, de los soldados ingleses, que ya no llevan casacas coloradas. Y toda esa muchedumbre que viene de los otros continentes á batirse por la causa de la civilización, según afirman, senegaleses, argelinos, marroquíes, indostanes, cipayos, canadienses, ¡el demonio!, asimismo tiene nuestra simpatía. No se olvide que, además de nentrales, somos un poco artistas y nos seduce, es natural, lo pintoresco estético. El iris etnográfico é indumentario de gentes tan diversas, constituye un espectáculo maravilloso. ¡Un verdadero derroche de características diferenciales!

De esta manera, lo repetimos, vamos quedando en buenos términos de amistad con todos. A nadie ofende nuestra justicia distributiva. El Zar, por ejemplo, creemos que nos estará agradecido. Prometió la libertad á Polonia, *para luego*, y pareciónos de perlas el rasgo generoso. Ni siquiera nos permitimos observarle que porque no lo ha-

bía hecho antes. Sus razones tendría: lo que importa es que esos pobrecitos polacos sacudan al fin sus cadenas. Quiso Nicolás, iracundo y vindicativo, cambiara el nombre de Petersburgo por el de Petrogrado, con el propósito de fastidiar á los germanos, y tampoco nos opusimos. Se nos ocurrió replicar algo en contra; tachar de pueril la ocurrencia. Nos callamos, sin embargo. Pedro el Grande, neutralísimo en su tumba, no protestará: ¿para qué hemos de protestar nosotros? Siempre se salva Pedro, siempre queda el *tu est Petrus* romano más ó menos traducido al ruso...

En punto á himnos, consecuentes con nuestra expectación pasiva, prometemos solemnemente no cantar ninguno: ni la *Marsellesa*, ni el *God save...*, ni la marcha austriaca, donde se llama nuestro buen emperador al viejo Francisco José, ni el canto de Germania, ni la ópera de Glinka, llena de pan-eslavismo, *La vida por el Zar*, ni el *trágala* servio, que debe ser una barbaridad balcánica... Nada, nada.. Nos falta la voz y, además, no estamos para músicas.

Se ha dicho que esta guerra es la contraposición y el choque de dos opuestas ideologías; que habrá un nuevo Lepanto en que se salvará la libertad humana. Eso nos orienta; pero guardamos nuestra actitud. Nos limitaremos á contemplar los platillos de la balanza, viendo hacia que lado cae

aquél en que hemos puesto nuestras ansias espirituales y nuestras preferencias. Mientras tanto, sobre el mapa extendido encima de nuestra mesa rompemos la neutralidad española y hasta nos batimos con tanto brío como si fuéramos belgas á quienes van á quitar la independencía.

Y no obstante lo grave de las circunstancias, procuramos hacer un poco de humorismo. Si no, ¿qué sería de nosotros?

LOS QUE SE BENEFICIAN CON LA GUERRA

En la gran contienda presente, los Estados neutrales procuran deducir algún beneficio de su neutralidad. No quieren que ésta se reduzca á una simple espectación ú observación pasiva; todos ellos tienen intereses que fomentar, todos aspiran á utilizar las circunstancias explotándolas en su provecho.

Así vemos como Suecia, desde la primera hora de la guerra, se preocupó de organizarse para vencer en lides pacíficas á alguna de las naciones contendientes. Declaraba su propósito de no intervenir por ningún caso en aquélla, pero al mismo tiempo ordenaba sus esfuerzos y sus recursos á fin de lograr ventajas comerciales, económicas, derivadas del conflicto que ha trastornado las relaciones entre los pueblos. Una política utilitaria cuyo espíritu es la agudeza del sentido práctico, dicta esas medidas de buen gobierno.

La actividad nacional se concentra en la esfera de las competencias comerciales, y el país donde Napoleón I fundó una monarquía militar y se la dió por premio á Berna-

dotte, lucha pacíficamente para conquistar nuevos mercados, nuevos dominios mercantiles. Se trata de suplantar la acción de los países beligerantes que la guerra europea ha dejado sin clientela.

Y los suecos dan impulso á su marina mercante; despachan comisionistas, embaajadores del comercio, trabajan de un modo fructífero al amparo de su posición neutral. Ese no es sino un ejemplo entre muchos. En Europa como en América, los gobiernos de los pueblos abstentidos desarrollan un programa que puede formularse así: sacar de la guerra el mayor partido posible. Sin participar de la fiebre belicosa, calculan la guerra como un negocio y proceden en consecuencia.

La conflagración terrible que presenciarnos se dejará sentir sobre todos; pero mientras unos sólo tendrán *pura pérdida*, bancarrota y desmoronamiento, otros saldrán mejor librados de la borrasca, acreciendo sus fuerzas. El éxito estribará en la capacidad y la previsión con que maniobren y en saber aprovechar eficazmente las oportunidades.

Los Estados Unidos, cuya posición especial frente al conflicto armado que se desenvuelve tan lejos de sus fronteras les permite desempeñar un papel especial también y ser insuperables pescadores en río revuelto, operan sobre la América del Sur; con el intento de realizar allá una invasión

pacífica y establecer una dominación económica. Entrarán comerciando para salir mandando.

Fuertes elementos plutocráticos y financieros piden á las Cámaras yanquis iniciativas en tal sentido. Un grupo parlamentario, numeroso y poderoso, representante de las energías capitalísticas, exige la caza del cliente americano como si ello equivaliera á renovar las hazañas cinegéticas de Roosevelt. Apoyándose en la opinión pública, ese grupo de cazadores y pescadores políticos, ha triunfado. Todas las energías de la gran República están hoy dedicadas á lograr la expansión del imperialismo pacifista y comercial por las tierras del centro y sur del continente. La marina mercantil de los Estados Unidos, hasta ahora muy escasa, se reconstituye rápidamente sobre la base de la adquisición de un gran número de trasatlánticos alemanes abandonados en aquellos puertos. Se harán reformas arancelarias y se lanzarán leyes *ad hoc* con la propia mira.

No le faltan al plan opositores convencidos de que toda esa labor resultará en su mayor parte estéril cuando termine la guerra y los pueblos combatientes reorganicen y restauren su poder disminuído. Pero, de todas suertes, la Unión Americana ganará posiciones ventajosas; no será desalojada por completo de los mercados cuyo dominio ahora adquiera.

España podría intentar algo semejante, si tuviese medios de acción y de influencia. Aún dentro de su pobreza y su inferioridad, cabría hacer algo. Nada se hará, de seguro. Tenemos una Junta de Iniciativas recién fundada, á quien esa tarea compete; pero sus actividades, contenidas en límites harto mezquinos, no los traspasan. Gracias que coopere á revolver con mediano acierto los problemas inmediatos, interiores, exclusivamente nacionales, que nos ha planteado la guerra.

EL SUEÑO DE LA PAZ

Son muchos los que creen que la guerra presente, tan magna y destructora, marca una crisis decisiva en la evolución de la humanidad. Para los que así razonan, esta sería, no la última de las guerras, pero sí de las grandes guerras.

Se ha realizado el mayor esfuerzo en prepararla, en organizarla; los pueblos quedarán agotados, extendiéndose las consecuencias de tan terrible perturbación mucho más allá de los límites de Europa. Vendrá un período reconstructivo en que será necesario dedicar á obras pacíficas todas las energías y todos los recursos económicos prodigados en empeños guerreros.

Según los que de este modo opinan, brotará el bien del exceso del mal. Se ha llegado á una tensión tan enorme que no puede prolongarse más allá de la guerra, en el seno de la paz futura. Quiere decirse con esto que el estado de paz armada, el *si vis pax para bellum*, la carga de los armamentos, armadura bélica de las naciones, pesadum-

bre que las agobia y las descoyunta, se aliviará considerablemente.

La inmensa conflagración á que asistimos sería, entonces, una última prueba, el tránsito á una rectificación venturosa de ideas, costumbres y procedimientos que, sin extirpar la guerra totalmente — ello debe apreciarse como una noble utopía, — la haría cada vez más difícil.

En una palabra, la tremenda lucha de hoy tendría la eficacia moral de un castigo, de un escarmiento, no sólo para las potencias que la mantienen sino también para los Estados neutrales que, en mayor ó menor proporción, sufren sus perjuicios y quebrantos. La guerra, azotándolos implacablemente, les aleccionaría, les dispondría para la paz.

Hay, sin duda, cierta lógica en estos juicios. Los aceptaríamos por buenos, nos inspirarían fe, si no recordáramos que en la situación de paz armada y en la enormidad de los preparativos bélicos, se pretendió ver, asimismo, una garantía de que el actual choque no llegaría nunca á producirse. Hubo muchos creyentes, profetas que anunciaron el mantenimiento de la paz por el horror á la guerra, materializado en los aprestos colosales de los pueblos que la han desencadenado. Y vino el conflicto, á su hora, como un golpe de la fatalidad, y todas

aquellas previsiones y vaticinios quedaron burlados.

Creeríamos en esos anuncios del imperio de una durable paz como curación de una grave dolencia, como enmienda después de la culpa, si no advirtiéramos que son permanentes é invencibles las causas de la guerra. La vemos surgir siempre en la naturaleza, repetirse cual *leit motiv* de la historia. Vivir, para los hombres, ha sido pelear. Desde lo más bajo á lo más alto en la vida humana, surge la competencia, la animosidad, la porfía, el odio, el desórden (que acaso sea la fórmula suprema del órden) caracterizando el desarrollo de todos los seres vivos, no solamente de los seres humanos.

¿Se logrará la disminucíón de esas causas perennes mediante un estado de derecho entre las naciones, tan perfecto, tan respetado, que ponga definitivo término á las belicosidades y agresividades? Hermoso ideal, pero ideal lejano, quizás inaccesible!

La guerra que presenciamos hoy llenos de espanto modificará profundamente el mapa de Europa, cambiará el sistema de poderes y fuerzas que rigen el mundo, aumentará unos, menguará otros; pero no habrá, de seguro, una modificación fundamental que destruya en lo hondo las raíces de la guerra. Habrá otros antagonismos irreductibles que prolongarán la paz armada, el *si vis pacem...*, ó los actuales se sostendrán con

mayor pujanza para sacar todos los frutos de la victoria, cosecha recogida entre torrentes de sangre y lágrimas...

Y el pacifismo laborista que ha tenido que deponer el ideal ante el hecho, seguirá montando la guardia de la Paz, ¿quién sabe hasta cuando?



EL PELIGRO AMARILLO

La beligerancia del Japón en esta gran guerra que arrasa á Europa, constituye un hecho muy importante. Pocos se han dado cuenta de que con él se nos aproxima el *pe- ligro amarillo*, y que el conflicto europeo, adquiriendo repercusiones y complicaciones en otro continente, trae á la lucha un nuevo factor poderoso.

Los japoneses han lanzado su grito bélico: *¡banzai! ¡banzai!* El imperialismo asiático se levanta á combatir contra el imperia- lismo alemán. Ambos revisten iguales ca- ractéres. Dai Nipon reproduce en Asia la férrea organización teutónica, en ella ha calcado sus instituciones militares, ella le ha servido de modelo. El Japón es la Ale- mania del Extremo Oriente; una Prusia mo- dificada, adaptada; el Mikado, un discípulo del Kaiser.

Los que conocen aquel país desconcer- tante por su originalidad y sus bríos, afir- man que existen allá todos los elementos de un poder análogo al de Germania. El Japón se halla militarizado hasta los tuétanos; sustenta codicias insaciables y aspira á la

japonización de los pueblos que están al alcance de su influjo, cada vez más avasallador y exclusivo. Bajo la pesadumbre de los presupuestos y armamentos militares, los nipones apenas pueden ya vivir.

Su triunfo fácil sobre Rusia en la campaña de 1902, fué también en el Imperio del Sol Naciente el triunfo de la soberbia imperialista, personificada como en Alemania por el interés dinástico y por los hombres directores que rodean y aconsejan al monarca. ¡Sueños de grandeza cuyo precio resulta demasiado caro!

El Japón sufre una intensa crisis económica; al revés de lo que generalmente se cree, la victoria no le fortaleció, le debilitó. Soporta el pueblo cargas superiores á su capacidad de resistencia; se apoya en la pobreza general esa simulación de energía belicosa, agresiva. Y hay grandes muchedumbres hambrientas que piden pan mientras las épicas clarinadas, los llamamientos marciales difunden sus ecós por aquel laberinto de islas. Se ha perdido el culto religioso á la persona sagrada del emperador. La representación imperial ha dejado de ser lo absoluto y lo inviolable. Hace poco una bala ¡sacrilegio inaudito! lanzada desde la sombra de una conjura, fué á buscar la cabeza del Mikado. La órden de los caballeros, los daimios, los samourais, los representantes de las viejas jerarquías históricas, se ve

desacatada y maldecida. Los ácidos revolucionarios atacan poco á poco el cuerpo del Estado, y disuelven el organismo feudal, que comenzó á desmoronarse en seguida de la guerra ruso-nipona, siendo inútiles los esfuerzos de las clases directoras para mantenerlo íntegro.

Huelgan en Tokio centenares de miles de trabajadores y los obreros que trabajan, condenados á una verdadera labor de esclavos, claman por su rescate. La conciencia popular, orientada hacia una mejor y más práctica noción de la vida y de la política, rechaza el opio de los ensueños místicos. Aquella indiferencia estóica ante la muerte, que era el secreto del espíritu japonés, se ha transformado en acción humana, en lucha para lograr reivindicaciones y progresos sociales. El socialismo cunde entre las masas. La tradición del *nirvana* político, sustentáculo de una autocracia divinizada, cayó deshecha. El nivel democrático sube constantemente. La roca en que aferraba su garra de águila la autoridad, supremamente representada por *el hombre divino*, se quebranta y oscila. El Japón ha cambiado sus vestiduras.

Y en circunstancias tales, el imperialismo japonés va al encuentro del imperialismo germánico en Oriente. Las multitudes, cegadas un minuto con el espejuelo de la grandeza nacional, reaccionan pronto con-

templándose á sí mismas, viendo su propia miseria. Han perdido la fe, la confianza. Quizás obedezcan el impulso de lo alto; pero no irán ciegas, como antes, adonde se las quiera llevar. El fermento de la revolución ha sustituido al instinto servil. Sólo cooperarán en los planes cesaristas hasta el límite que les señalan sus clarividencias.

No por ello deja de ser una realidad presente el famoso peligro amarillo, el advenimiento de una gente fuerte y enérgica, que estimulada por Europa, toma partido en la magna jugada de la guerra europea. La guerra, por ese hecho, se torna intercontinental. La alianza anglo-franco-rusa solicita el concurso japonés en el mismo campo de operaciones, *para aplastar á Alemania*. En medio de las razas sometidas que vienen de todas partes, azuzadas contra el *mayor de los monstruos*, según el criterio ruso-franco-inglés, se excitan imprudentemente los apetitos de una terrible raza conquistadora. Si nosotros no temiéramos parecer cursis, diríamos que la civilización occidental introduce en su seno una víbora. Pero todo estará bien, si pica á Alemania...

LA GUERRA APOCALÍPTICA

COMENTANDO IMPARCIALMENTE...

Las últimas noticias de la guerra, examinadas imparcialmente y aceptando sólo las que traen visos de verosimilitud ó certidumbre, parecen indicar un mejoramiento de posiciones en los ejércitos aliados.

En los últimos días se han suspendido los grandes batallas que venían sosteniendo los beligerantes para proseguirlas ahora con nuevo ímpetu. Los alemanes, que avanzaban hacia París, han retrocedido y han aplazado el ataque á la gran ciudad. Quizás han cambiado de táctica. En cambio, anúnciase que acaban de tomar importantes plazas.

Todos los informes coinciden en presentar á París admirablemente preparado para resistir un largo asedio. Tiene provisiones abundantes y se encuentra fortificada y prevenida en términos que suponen la posibilidad de una resistencia formidable.

Lo mismo puede decirse de Amberes, donde Bélgica ha condensado todos sus ele-

mentos defensivos. Será muy difícil rendir esa plaza fortísima, último baluarte de la independencia belga defendida por aquel pueblo con un heroísmo que ha causado la admiración del mundo.

Se confirma la tremenda derrota sufrida por los austriacos en Lemberg, capital de Galitzia, y los rusos ganan terreno en la Prusia oriental. Rusia pone en la lucha gigantesca el peso del número, la enormidad de sus masas armadas que engruesan y crecen por horas como un terrible alud humano.

Insístese en el hecho de la incorporación de 250.000 rusos al ejército franco-inglés que pelea en Francia. Aunque ese hecho no es absolutamente imposible, debe por lo menos considerarse dudoso hasta que sea oficialmente comprobado. Sería, caso de resultar cierto, una sorpresa y un golpe poderoso descargado contra Alemania.

Pero aún esto no se estima bastante para contrarrestar la fuerza germánica, y se habla de nuevos contingentes organizados en Inglaterra, y de ejércitos que se levantan en todas las colonias británicas con objeto de unir su acción á la de los aliados. No cabe duda de que si el Imperio alemán es al fin vencido, su derrota será una derrota gloriosa. Se bate con demasiado numerosos enemigos.

Turquía define su actitud favorable á Alemania y se dispone á algo más que á de-

mostrarle platónicamente sus simpatías; pero la intervención de este factor nuevo provocaría una nueva complicación. La paz mantenida á duras penas en los Balkanes romperíase determinando la división de aquellos pequeños Estados ante el conflicto. Estallaría al punto la guerra entre Turquía y Grecia, que vendría á desviar y esterilizar el apoyo turco ofrecido á Alemania. Rumanía colocaría, casi seguramente, al lado de la Triple Inteligencia.

Italia mantiene hasta ahora su rigurosa neutralidad, pero hay allí una corriente de opinión popular muy viva que empuja á la guerra con Austria. Será difícil poder resistirla hasta el desenlace de la tragedia bélica. Un incidente inesperado, cualquier acacimienta imprevisto, puede ocasionar el choque, y entonces, planteada la lucha en el Adriático y en el Mediterráneo, el problema tomaría un nuevo, decisivo aspecto.

La situación por mar sigue siendo en general la misma para todos los beligerantes; de expectativa, de prolongada inactividad. Es, sin embargo, seguro que la guerra en última instancia ha de resolverse por algún gran combate marítimo; lo que no cabe de ninguna manera prever son las circunstancias en que se realice.

Mientras tanto, la impresión que domina se hace patente en una intensa zozobra, temor frente al porvenir obscuro y tétrico,

preñado de siniestras amenazas. Los cálculos respecto á la duración de la guerra, las previsiones de los técnicos y de los buenos observadores, señalan un plazo cada vez más largo al restablecimiento de la paz. Y los perjuicios económicos que á todos alcanzan, beligerantes y neutrales, pesan enormemente sobre los pueblos. La guerra, triunfe quién triunfe, para la humanidad será una catástrofe. Es tan monstruosa, tan excesiva, que no concebimos su reproducción en lo futuro. Si mata, ó siquiera atenúa, la fiebre belicosa, todavía la consideraremos benéfica.

EL FANTASMA DEL SEGUNDO IMPERIO

La ex-emperatriz Eugenia recibió en Bolonia, donde ahora vive, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Alemania y Francia. Brotó una llama en las cenizas, chispearon los ojos de la augusta señora y exclamó temblando de emoción:—¡Ah, es por fin la revancha!

Todo el pasado se le reapareció con sus luces de gloria y con sus sombras de tragedia. Empezó á evocar fechas, á recordar acontecimientos luctuosos de la guerra franco-prusiana: Sarrebruck, Gravelotte, Saint Privat, Metz, Sedan... La fatalidad cumplida volvió á hierirla como un rayo. Ante ella irguiéronse amenazadores el Año Terrible, el libro de *los Castigos*, Napoleón el pequeño, la *debácle*... ¡Los muertos resucitaban para presenciar con ella, espectro de una época histórica. el ansiado desquite! Dió gracias á la Providencia que le había permitido vivir hasta ver realizado su sueño de reparación.

Eugenia de Montijo lleva desde 1871, sobre sus propios personales duelos, el luto de la Francia imperial. Ha sido un fantas-

ma doliente errando en torno de una inmensa tumba; antes que un ser vivo, una supervivencia simbólica y trágica. La noche de su fuga, al salir por una puerta secreta de las Tullerías, se llevó entre los pliegues de su traje un régimen derrocado; todo lo que había tenido de femenino el segundo Imperio francés, que fué el triunfo de la belleza, el aturdimiento, la imprevisión y la alegría.

Se ha dicho que la mano diminuta de la emperatriz, tan bella y tan española, empujó la Francia al abismo. Se le ha supuesto una influencia y una intervención funestísimas en aquellos graves acontecimientos; se ha asegurado que provocó la catástrofe dominando y extraviando la voluntad del emperador. Si así ocurrieron las cosas, ¿qué pensar de las dotes políticas de Napoleón III? ¿Qué pensar de sus ministros, á quienes sugestionaba el capricho y el temperamento de una mujer?

No le han faltado á Eugenia de Guzmán defensores y aún entusiastas apologistas. Hace algunos años, Pierre de Lano, un partidario del bonapartismo, trató de justificar la conducta de la infortunada ex-soberana frente á la crisis y la destrucción del Imperio. Eugenia, según él, había sido, no la inspiradora fatal, sino más bien la moderadora de su regio esposo. Vino el derrumbamiento á pesar de los esfuerzos de la emperatriz para evitarlo. Llevó la corona como un ador-

no olímpico de su hermosura y desempeñó un papel en armonía con las características de su sexo. Corresponde al tercer Napoleón íntegramente le responsabilidad de haber perdido el Imperio y la Francia. La emperatriz era, tan sólo, una compañera adorable.

Sin embargo, esa dama ilustre que hoy da gracias al cielo por haberla dejado vivir hasta la consumación de la revancha, ha sido tan discutida como María Antonieta, su hermana espiritual.

* * *

Sea lo que fuere, el dolor la purifica y la salva; un dolor que excede la medida de las humanas fuerzas y que apenas se concibe haya podido ser soportado y superado. Niobe moderna, Eugenia de Guzmán, después de haberlo tenido todo, lo perdió todo... Viuda con todas las viudedades, se ha destrozado en las estaciones de su Calvario antes de entrar en la historia, que definitivamente la juzgará.

Le queda la majestad de los grandes infortunios. Y ahora, ella es el alma errante del segundo Imperio que espera las represalias. Con ella, casi muerta, los muertos se levantan. Pero, si Francia vence, no se levanta-

rá el Imperio; se fortalecerá la democracia. Serán vengadas las víctimas de 1870: no se renovarán las ideas ni las formas caducadas y proscritas. Del Imperio solamente permanece en pie la emperatriz, sombra próxima á disiparse...

EL "CASO" DE HEINE

Enrique Heine, el adorable poeta, alemán *per accidens*, es un caso encantador de la incompatibilidad entre el helenismo y el germanismo; ó digamos entre el genio mediterráneo y el genio septentrional. El caso se repite en otros espíritus germánicos, no alemanes. Esta desnacionalización se opera también en muchos artistas ingleses, cuyo modo de ver, de pensar, de sentir y de soñar les identifica absolutamente con el mundo greco-romano. (Byron, Shelley, Keats, Macaulay, Carlyle). Recogieron para continuarla, la herencia literaria de Grecia y Roma. Descentrados, trasplantados, *rectificados*, sus obras reflejan la luz cenital del Mediodía y su pensamiento rompe las brumas del ambiente nativo.

¡Curioso fenómeno de acomodación intelectual! Existe una ley que adapta en armonía perfecta los temperamentos artísticos á sus medios propios, adecuados, corrigiendo el Estatuto de la Naturaleza; así como existe una ley de rigurosa adaptación zoológica. Se observa en el arte un providencialismo que, para evitar malogros, para lograr productos sanos y plenos, enmienda las parti-

das de nacimiento; pone las características morales y espirituales en función directa con el clima *necesario* en que han de desenvolverse. Estas fórmulas de ecuaciones estéticas en cuya génesis se desvela un poder sobrehumano, fijan irrevocablemente la geografía psíquica.

Por virtud de leyes semejantes, Heine no fué alemán; fué mediterráneo, avecindado y rehecho en los senos hospitalarios de la cultura francesa. No pudo cantar en la selva de Germania; cantó en el jardín de Francia. «El ruiseñor germánico hizo su nido en la peluca de Voltaire.» Lanzó desde lejos las flechas de sus versos alados contra la patria madrastra, y nadie abominó con tanta exaltación, con tanta elocuencia, del hierro prusiano.

Precisamente era la armadura medioeval de Prusia lo que Heine no había podido soportar sobre su cuerpo frágil, vaso alabastrino colmado de esencias. Prusia le ahogaba como una cárcel; no podía alzar el vuelo ni el canto... Sentíase prisionero, aun estando libre; porque el régimen cesarista es la esclavitud de todos; sobre todo de los poetas. La libertad interior sucumbe donde existen tantas coacciones exteriores.

Además, Heine tenía en su venas sangre judáica; le poseía tiránicamente el desasosiego, la fiebre viajera y cosmopolita del *Judío Errante*. Esa raza vagabunda lleva en

su alma el alma del Universo como una enfermedad incurable; como una maldición bíblica, según los místicos católicos. Heine odiaba el prusianismo acerado, y se lo sacudió escapándose á Francia, donde reposó y se solazó como en los vergeles de Armida. Ese prusianismo que Heine aborrecía debe ser cosa tremenda, aunque magnífica: su más elevado y vigoroso representante, Federico II, medio asfixiado, sacaba por encima de él la cabeza para sonreír á la filosofía volterriana, á la gracia francesa cuajada en flores preciosísimas y venenosas... Heine, al partir para Francia en 1830, dijo por que se desnacionalizaba. Leámosle, oigámosle:

«Sufría frecuentes alucinaciones; parecíame que las nubes, al pasar, me hacían irónicas muecas; que el sol era una escarapela prusiana... De noche soñaba con un horrible buitre negro, que me desgarraba el pecho y me comía el hígado...»

Hablaba como un condenado á muerte en esa poética y grave requisitoria contra la idolatría del sable. ¡En su voz temblaba la protesta lastimera de sus hermanos, de sus correligionarios los artistas puros, los nobles idealistas, que tampoco querían prusianizarse ni capitis—disminuirse bajo el acero teutónico!

* * *

Conviene recordar el caso de Heine

para que acabe de entenderse la posición mental de los idealistas contemporáneos frente á la impenitencia de Prusia. Es eso, nada más que eso. Afirmamos los fueros de la inteligencia contra las predominancias y las arrogancias de la fuerza material, de la fuerza bruta. Sólo nos parecen legítimas las conquistas intelectuales. La gloria guerrera está cayendo, como un sol que se pone, en el mundo moderno; ¡ocaso de los dioses vencidos, rojo crepuscular de la guerra! Pero anochece sobre la Germania abrumada por la carga del hierro para amanecer sobre la Germania constructora, despertadora, sembradora, intelectualizada maravillosamente; sobre la gran Germania que amamos y que brilla en sus cumbres: Goethe, Kant, Wagner, Schiller, Hegel...

Esa es la nuestra. De esa no se escapó el ruiseñor Heine, cuya sombra se interpone hoy entre el espectro de una emperatriz helénizante que levantó la estatua del poeta y la realidad de un emperador durísimamente militarizado que la derribó con la espada de Lohengrin. Sí, un día el emperador Guillermo II, pisoteando las rosas heléricas de Corfú, humilló y ajustició á la poesía en la efigie de Heine, sin sospechar que sacrificaba lo eterno á lo perecedero... No veía más que la apariencia del sacrificio; sucedía lo contrario...

LA MARSELLESA

La guerra, asesina y enterradora, ha abierto la tumba de Rouget de Lisle en el cementerio de Choisy-le-Roi, donde yacían sus restos olvidados, y París los reclama para llevarlos al Panteón. Allí tendrán enterramiento definitivo junto á los padres de la patria francesa.

La gran sacrificadora que ha cavado tantos millares de sepulturas con sus manos ensangrentadas, remueve la tierra bajo la cual dormía Rouget, y al extraer sus fúnebres despojos hace brillar su gloria y la gloria militar de la Francia como un sol de la media noche. El mundo en tinieblas ve acercarse y crecer esa luz roja...

La *Marsellesa* es el canto de la libertad de los pueblos; sirve, además, para medir la temperatura del alma humana. El hombre que no se entusiasme oyéndola tiene su espíritu á *cero grados*, y en nadie puede suponerse ese frío absoluto. El patriotismo francés halló en la *Marsellesa* su fórmula; pero luego la democracia universal se la apropió, y clamó sus aspiraciones y sus exaltaciones

con el himno famoso. La *Marsellesa* es una corriente eléctrica, una fuerza galvánica que recorre el globo y conjura, *revela* las corrientes espirituales. Allí donde existe una potencia anímica, una interior fuerza estática, ella la virtualiza, la convierte en dinámica. Suena como un repique magestuoso que anuncia el día pleno de la justicia... La música de la *Marsellesa* arde y deslumbra; estalla como una tempestad en la más alta cima. Víctor Hugo creía y yo también lo creo,—que esta más alta cumbre histórica era la Revolución.

Y el verbo inflamado y sonoro de la Revolución fué la *Marsellesa*. Sus heroicos ejércitos de descamisados de *sans culottes*, al cantarla frenéticamente, invocaban el auxilio de *Nuestra Señora de las Victorias*. Les arrebatava un romanticismo guerrero, que parecía extrahumano; sentíanse levantados y proyectados á lo lejos en el vértigo irresistible del torbellino. No podían detenerse, aunque quisieran. Se los llevaba aquel huracán de vibrante, sublime armonía. Y se daban cuenta de que tras ellos, jornada tras jornada, triunfo tras triunfo, avanzaba Francia agitando una antorcha.

Pronto se hizo la *Marsellesa* canción de todas las nacionalidades oprimidas y de todas las nacionalidades libertadas; pronto se universalizó. La cantaron todos los siervos;

la gritaron todos los patriotas. *Amour, amour de la patrie...*

Liberté, liberté chérie... Las estrofas de Rouget de Lisle, músico tanto como poeta, dieron una definición eterna y solemne á la libertad, un ritmo al pensamiento democrático. La *Marsellesa* galopaba sobre los campos de batalla de ambos mundos como una cabalgata de Walkirias.. Precedía á la aurora, clarineaba la redención política. Y ha trepado hasta el punto excelso de la universalidad y la inmortalidad por una escala ascendente en etapas sucesivas: primero fué un himno para el ejército del Rhin, después el canto triunfal de la República francesa, más tarde la marcha épica y el *te Deum* laico de los hombres modernos. Hoy, en este duelo á muerte que los lanza unos contra los otros en dos bandos inconciliables, zona luminosa y zona tenebrosa, le da voz al genio latino. Atronadora y soberbia, como siempre, electriza á las muchedumbres, mantiene el heroísmo de los que combaten en la zona luminosa, los soldados del triángulo ideológico-revolucionario, los herederos de la Revolución.

Y Rouget de Lisle, que sale de su tumba anónima para entrar en los Inválidos, el Olimpo francés, le dice á Francia: *Confía en mí y en tí. ¡Canta la Marsellesa!*

EL INSOMNIO DE PARIS

Diríase que la guerra europea, más que una realidad, es la acción de una novela fantástica; una novela de Wells ó de Julio Verne. Sobre todo, ese vuelo de los aeroplanos y los zeppelines por encima de las poblaciones francesas y belgas, esos encuentros en los aires, esa tempestad provocada artificialmente en las alturas desde donde caen rayos y truenos producidos por la ciencia y por la industria humanas llevando consigo horrible devastación, se nos figura engendro monstruoso de la fantasía antes que realidad indubitable.

He ahí la guerra que sube para operar libremente en los espacios atmosféricos. Tenía por suya la tierra, y no le bastaba; érale necesario dominar también el elemento en que viven y se agitan las aves voladoras, las grandes aves de presa. Ahora asciende como un milano con la muerte entre las garras; maniobra en las alturas y descarga su furia venenosa sobre las ciudades, poseídas de inmenso terror. Apenas permiten defensa semejantes ataques, imprevistos, asola-

dores. Hay que escapar metralla hacia arriba. El aeroplano ó el zeppelin confían la salvación á la ligereza de sus movimientos, y evolucionan con rapidez y precisión, escapándose. Sólo una batalla empeñada con los mismos medios, en el mismo elemento vago y peligroso, puede rechazar la acometida. La guerra, en suma, ha ganado en elevación y profundidad, gracias á los progresos diabólicos que centuplican su fuerza, que extienden á lo infinito su alcance.

Se lucha, pues, ahora en la tierra, en el aire y en el mar. El hombre ha sujetado toda la naturaleza bajo su dominio para hacerla cómplice de sus odios mortales, de sus planes destructivos. Lluve fuego, muerte y ruína, desde la altura. ¡Una nueva mitología, una nueva magia!

Los antiguos guerreros sólo disponían de la onda flecha, y de leve arma arrojadiza. Aunque los ejércitos fueran muy numerosos, como el de Jerjes, la mortandad que se hacía con flechazos era lenta, difícil, escasa. Parecía que simplemente se jugaba á la guerra. Las víctimas caían acribilladas; pero tardaban en morir, si morían.

Hoy, ¡qué pronto y qué bien se mata! En la tierra, en el mar y en el aire, la guerra ruge como una tormenta, como un terremoto. Mientras las monstruosas piezas de artillería y los gigantescos cañones de los formidables acorazados la administran

magistralmente, los aeroplanos *la dejan caer* desde lo alto. La naturaleza toda se pone á su servicio. Y se llama á esto civilización.

Sobre París vuelan los aviadores alemanes. La Ciudad-Luz apaga de noche sus luces y enciende los focos de exploración en la cima de la Torre Eiffel, atalaya del genio francés, punta colosal imantada con el orgullo de una raza... En las profundas tinieblas, el sueño de París, lleno de espantosas pesadillas, espera *la invasión aquilina*... Tiembla, conmovida por un funesto presagio, la curva del Arco de Triunfo.

Y la humanidad tiembla también. Porque la guerra en su plenitud está armada con todas las potencias del Mal y tiene puesto asedio á la Vida. Nos tortura el insomnio de París...

LA MUJER Y LA GUERRA

Cuesta mucho esfuerzo asociar la delicadeza y la ternura femeninas al horror salvaje de la guerra; ni aún como auxiliar caritativo que lleva al campo de batalla el bálsamo de la piedad cristiana, podemos figurarnos fácilmente esa cooperación de la mujer. Desentona en aquel cuadro de sanguinaria locura.

Nos la imaginamos en su propio elemento cuando la vemos entregada á las dulces tareas de la paz. Cría á los hijos después de haberlos engendrado; pero no precisamente para la guerra. El concepto de la lucha y la imágen de la carnicería humana son incompatibles con su índole. Las armas se caen de sus manos, porque su espíritu benéfico no comprende el odio entre los hombres.

Las mujeres guerreras se salen de su sexo, superándolo en circunstancias excepcionales y críticas. Se masculinizan como si obedeciesen un mandato de la Providencia. Juana de Arco, transfigurada así, en un singular momento histórico, se sacrificó salvando á la Francia. Tuvo una fuerza mística

que se tradujo en genio militar. Cumplida su misión, había de reintegrarse en su feminismo orgánico, ó desaparecer, ó morir.

Recuerdan esas conductoras de pueblos á las hembras que en las bajas especies zoológicas sucumben una vez realizado el misterio augusto de la fecundación (hecho raro en las esferas de la animalidad donde la naturaleza, siempre sabia, tan sólo suele sacrificar á los machos fecundadores). De todas suertes, la hembra guerrera, constituye un caso extraordinario, *más allá de la ley...*

El ejemplo de las mujeres suliotas supone un heroísmo pasivo que en la mujer, lo propio que en el hombre, determina la pasión de la patria llevada hasta el frenesí; el de las heroínas balcánicas, una masculinización lograda por la comunidad de una vida azarosa y belicosa que niveló los sexos físicamente, que militarizó el hogar (¡gran argumento ofrecido á las propagandas feministas!); el de las amazonas dahomeyanas, un prodigio de barbarie agresiva, curiosamente localizado. Esto último se explica bien: dentro de un estado-social muy inferior, entre las tribus adheridas á la tierra, la mujer pacífica no surge sino cuando ha quedado derrotada, anulada, la hembra combatiente, duplicado perfecto del varón. Hay para ella un proceso de metamorfosis que se enlaza con el desarrollo de la cultu-

ra. Apenas surgen las ideas morales, se imponen los sentimientos pacifistas.

En general, la mujer, *angel de paz*, odia la guerra porque ama demasiado; ni siquiera puede concebirla... Solamente sabe que el orden es amor y que los conflictos de las armas perturban la función amorosa. Si siente, por instinto, la verdad de aquella sentencia de Franklin: «jamás ninguna guerra ha sido buena», y de aquella otra de Sherman: «La guerra es el infierno».

Pero desciende al infierno cuando la conciencia de sus deberes le da firmeza sin quitarle dulzura, haciéndola doblemente fuerte y admirable. Todo se lo da á la patria, porque la patria, á sus ojos, todo lo resume... No se ha masculinizado: *se ha excedido*. Y entonces surge la Reina de Bélgica, mujer, esposa, madre, soberana, que convierte su cetro en una varita de santas virtudes y es, si bien se mira, en medio de los contendientes enfurecidos, una sublime *pacificadora*. Va con ella la Paz.

14 DE JULIO

El 14 de Julio de 1789, viendo subir la marea popular, Luis XVI preguntó al duque de La Rochefoucauld:—¿Es un motín? Señor, es una revolución—contestó el interpelado.

Este duque tenía sentido profético y no era adulator, al revés de aquel otro duque que por tener contento á Felipe IV tomó en broma la insurrección de Portugal cuando los lusitanos se hallaban á punto de emanciparse.

Háse dicho muchas veces. Si el rey no hubiera sido tan corto de vista, se hubiera retardado, aunque no impedido, la caída del trono de San Luis. Pero Luis XVI no veía más que su propia sombra dibujándose decapitada; había nacido soberano por equivocación, por un sarcasmo del destino. Aquel hombre gordo, pacífico, con aficiones de burgués, con ojos de carnero que presiente la cuchilla, no estaba formado para habitar las supremas alturas en que se forjan las tormentas.

No era cobarde, pero era débil. Bueno

por naturaleza, no podía comprender como él, cuyo único delito consistía en ceñir la corona de Francia, fuera objeto del abrasador odio de las turbas. Hubiera hecho el mejor de los reyes sí, como tenía corazón, hubiera tenido carácter. Iba al despacho con sus ministros cual un secuestrado, y después se ocultaba para entregarse á sus trabajos de cerrajería. Habría sido excelente herrero. Su verdadero trono era el yunque. El infeliz sólo pedía que *le dejasen vivir*. La corona se le escurría de la frente, y el manto de púrpura parecía envolverle en llamas.

Como iba á ser sacrificado, nació cordero, cordero en una familia de lobos.

* * *

El 14 de Julio se inaugura solemnemente la era revolucionaria. Se suelta *la fiera*. El pueblo corre rugiente, imponentísimo, á la Bastilla, y penetra en la histórica fortaleza, después de pasar por encima de los cuerpos de los soldados que hace la guardia y después de derribar las murallas á cañonazos. Hunde las puertas de los calabozos, y los presos de pálida faz y crecida barba, murmurando bendiciones, son arrancados de sus encierros, no con caridad, sino con furia,

porque la revolución tiene dura la mano, y son lanzados, no como hombres, sino como fardos, á la multitud, que los recibe con alaridos de júbilo.

¡Magnífica jornada! Sucumbe M. de Lannay, gobernador de la Bastilla, caen las primeras cabezas, y *la fiera* empieza á aficionarse á la sangre...

En aquel día, Marat debió de gozar enormemente, debieron sentir rebelarse su naturaleza de tigres y su vocación de verdugos Theroigne de Méricourt, Rosa Lacombe, Jourdan, Fournier el Americano, Maillard, Charlot, el negro Delorme, las odiosas harpías y los infames sacrificadores de Octubre y de Septiembre.

Cayó la Bastilla. No la destruyeron los cañones enfilados á sus muros: la destruyó el derecho del pueblo estallando como una tempestad y abrasando como un incendio.

Con ella se derrumbó todo el antiguo régimen. Era un pudridero y un osario. El que entraba allí, difícilmente salía. Aún caída, el oído se fingirá en los lugares que ocupara ruidos de cadenas, de blasfemias y de maldiciones. Las tristezas, las amarguras, los crímenes, los tormentos que presenciaron sus frías paredes, condensándose

en tiniebla, le daban el horror de una tumba infame.

¡Sombríos hipogeos de la monarquía y de la tradición!

El pueblo es capaz de profundas ironías, lo mismo que de sublimes abnegaciones y de abominables iniquidades. Todo cabe, lo dulce, lo amargo, lo horrible, en su pensamiento inmenso, oceánico.

Colocó sobre la puerta de la Bastilla un letrero que decía: «Aquí se baila».

¿Y qué cosa mejor podía hacer que bailar allí donde tanto le habian hecho sufrir, llorar y gemir.?

* * *

Cayó la Bastilla. En aquel antro lúgubre se celebraron las bodas del espíritu moderno con la democracia. El pueblo lo convirtió en comulgatorio de la libertad.

¡La libertad! En vano mancharán su blanca túnica de sangre y cieno, la insultarán, la afrentarán, la deshonrarán, la violarán! ella vivirá siempre, conservando su pureza, porque es inmortal, y porque es santa...

¡Y tu, Francia, tú eres nuestra madre, la madre de todos!

BAJO EL HIERRO Y BAJO EL FUEGO...

• Durante mucho tiempo, la «descuartizada Polonia» fué tema favorito de los declamadores retóricos y de los oradores políticos. Al execrar la tiranía señalaban para aquel pueblo que había sido desmembrado. Habían caído sobre él los tres grandes Imperios de Europa, y cada uno se había llevado su parte. La nacionalidad polaca quedó destruída bajo el hierro y bajo el fuego. Un día el general Sebastiani, pudo decir desde lo alto de la tribuna francesa: *La paz reina en Varsovia*. En Varsovia reinaba, efectivamente, la paz de los sepulcros. Larga agonía, silenciosa y horrible muerte...

Nadie acudió en auxilio de la nación mártir, hecha pedazos: sólo algunos espíritus generosos, aislados en su indignación y su protesta, clamaron contra el despojo. Hubo caballeros que brindaron á Polonia su espada, como se la brindaron á Grecia; pero ninguna espada caballeresca, ningún esfuerzo heroico, pudo cortar el nudo que extranguló la libertad polaca. Se consumó el descuartizamiento. Y olvidado el hecho

inícuo, vino á quedar como tema de música oratoria. Alguna voz, de cuando en cuando, se alzaba para lamentar el caso triste. Se lloraba á Polonia con lágrimas convencionales como á los difuntos en los aniversarios, y la vida universal seguía su tren... El mundo tenía empeño de olvidar que Polonia había existido y ya no existía. Los muertos van de prisa, como dicen en Francia, donde Hugo fulminó sus rayos jupiterinos sobre todos los abusos de la fuerza; y sobre la destrucción de Polonia también, naturalmente. El rui señor Castelar, cantó en medio de la noche de España la trova melancólica de aquel gran duelo humano. Su elocuencia lírica tenía varios estribillos ó ritornellos altamente poéticos: uno, el descuartizamiento de Polonia; otro, «el azul Mediterráneo, el mar de la civilización y del arte»... ¡Qué maravilla, qué derroche de trinos!

Nada más... Polonia estaba bien muerta; no se esperaba el milagro de su resurrección. Mucho menos podía creerse que los que la habían matado la llamaran nunca á reincorporarse y revivir...

*
*
*

Pero un día llegó en que el alma inmortal de Polonia buscó su cuerpo destrozado para intentar un renacimiento. Los pedazos

tendieron á reintegrarse; gritó desde su tumba y quiso levantar la losa del despotismo. No había muerto definitivamente: el espíritu le quedaba. Se incorporó bajo el hierro y revolviendo las cenizas trató de reanimar el fuego en que la habían consumido y purificado, para operar su transfiguración gloriosa.

Un poeta, Mickiewicz, se inflamó en ese fuego, templó sus estrofas en ese hierro. Vinieron después otros poetas, otros escritores, verbo patriótico de las reivindicaciones polonesas. Ya no reinaba la paz en Varsovia. Polonia resucitaba, Polonia era una conciencia acusadora.

Rusia, que singularmente la había tiranizado, temió al espectro cuyas vagas formas cada vez más se materializaban tomando corporeidad tangible. Pero ni Rusia, ni sus copartícipes pensaron un momento en soltar la presa. Lo que hicieron fué encajar mejor la losa del despotismo sobre el sepulcro convertido en cárcel para que no saliera la resucitada.

* * *

Y ahora el Zar, enternecido en esta hora de barbarie, ofrece á los polacos clemencia, protección, libertad, autonomía, amor... Todo eso les ofrece «bajo el fuego y bajo el hierro». He ahí un bien que sale del mal de la guerra.

MORIR HABEMUS...

Mr. Wilson, presidente de los Estados Unidos, jefe actual de una democracia fundada en el poder del Dólar, es un hombre austero y grave como un puritano, como un cuáquero. Es, además, en su país una figura representativa.

Ese pietismo, esa tendencia mística, se encuentra allí mezclada á las absorbentes preocupaciones de la vida prosáica y material. El propio Roosevelt, porta-voz del imperialismo yanqui, tiene ardor religioso y catequista. Invoca á Dios hasta en sus tartarinescas proezas venatorias. Casi todos sus discursos parecen sermones de pastor protestante.

Y aún los discursos de los *leaders* parlamentarios suelen parecer eso; la oratoria norte-americana, expresión de un espíritu con mucho lastre teológico y mucho sentido práctico, nunca prescinde del *más allá*. El anglo-sajón, ni siquiera cuando baila, deja de pensar en los negocios ultra-terrenos. Como al mismo tiempo le preocupan grandemente los negocios de tejas abajo, resulta

que es un negociante perfecto y admirable.

Puede decirse que posee una *religión positiva*: los pies en la tierra, los ojos en el cielo. La doctrina de Monroe, fórmula ideada para suprimir competidores y cazar incautos en el orden internacional americano, magnífica tela de araña, la transforma en instrumento de salvación. Con los maderos del *May flower* los yanquis han fabricado la nave en que navega su orgullosa República. Y creen que el Altísimo la rige.

No de otro modo piensan los germanos, ante quienes el Kaiser surge como un Mesías armado de punta en blanco, en funciones de conquistar todo el orbe. Según ellos, la presente guerra es, por parte de Alemania, una guerra mesiánica.

Y Wilson, que hoy representa y defiende á la cabeza de su pueblo los intereses de la paz, dirige al mundo su palabra inspirada entonando un contrito *mea culpa*. Mientras Guillermo se acerca al altar, Wilson predica. El jefe pacífico le da la réplica al jefe guerrero. Nada más conmovedor que ese duo evangélico en que resuenan las grandes frases de púlpito, los grandes salmos de semana santa. Jeremías responde á Isaías.

Y Wilson dice devotamente: Hay que hacer penitencia, hay que impetrar los divinos auxilios porque nuestros pecados han encendido la celeste cólera, porque somos

unos miserables pecadores contumaces. Y la otra voz: Dios está con Germania, el hierro y el fuego purificarán la tierra.

El presidente de los Estados Unidos, lleno de piedad, lleno de unción, invita á sus súbditos á velar y orar. Llegó la hora de las tribulaciones y de las expiaciones, les dice; no os durmáis, rezad para que no entréis en tentación; rezad por todos...

¿No habéis leído la apostólica proclama? Pues os recomendamos su lectura: se oye en ella el acento de Bossuet desvanecido ante lo infinito. Se le pide al pueblo americano que se ponga de hinojos, que lllore las culpas de la humanidad para redimir las propias culpas, y que por ahora sólo atienda al comercio de la conversión.

Buen consejo, buena homilia, buena plática. Se necesitaba un sermón así, capaz de levantar los ánimos hacia lo eterno apartándolos de lo perecedero.

El espectáculo de la guerra ablanda todos los corazones; los directores de los Estados, beligerantes ó abstenidos, se muestran místicos, piadosos, sentimentales. *¡Morir habemus!* El género humano ha caído en el lecho del dolor. Puesto que la Muerte ha elevado su trono sobre los tronos, no pensemos sino en la Muerte...

El más insigne de los cuáqueros nos llama á la oración,

EL HEROISMO FEMENINO

La guerra actual es desproporcionada y monstruosa; es mucho más que la guerra; parece estar más allá de la vida y de la muerte. Por eso los rasgos aislados de heroísmo ó de estoicismo, tan numerosos, apenas se destacan. La gran catástrofe, parecida á un gigantesco choque de fuerzas mecánicas, borra completamente lo humano. Hay rasgos bellos de valor que pasan inadvertidos, porque sólo se mira al conjunto enormísimo, y el conjunto tampoco se ve.

Fuera de los campos de batalla, lejos, en los hospitales donde se amontonan los heridos, en los cementerios improvisados donde desaparecen bajo tierra los cadáveres, se dan casos de un valor sencillo y sublime. El sufrimiento se reconcentra para exhalarse en palabras desmesuradamente expresivas; palabras que imponen silencio al dolor propio y lo ofrecen en sacrificio al ideal de patria.

La historia no recogerá nada de eso; no sabrá que eso se ha hecho, que eso se ha dicho. Se limitará á fijar las escenas y los caracteres principales de la vasta tragedia, obra muy lenta y difícil; pero no oirá la voz ni percibirá la acción de las víctimas indirectas, secundarias, pasivas, que logran el triunfo supremo: llorar sin lágrimas, padecer sin gemidos. Y, en momentos de trágica inspiración, desoladas y yertas, pronunciar frases que deberían esculpirse.

No puede la historia, que es la proyección escrita de lo presente sobre lo futuro, prestar oído á los dramas íntimos y secretos, á la pena que solloza con sordina. El lamento de las madres, de los hijos, de las esposas, cruelmente castigados por la guerra, se le escapa. El griterío de los combates, las voces altas en que claman frenéticas las furias bélicas, ahogan los quejidos de tantos y tantos corazones rotos. No oye balar á los corderos moribundos mientras la matanza derriba para siempre millones de hombres, jóvenes encinas descuajadas de la sierra... Los corderos moribundos son las mujeres que lloran, rezan y toman actitudes de matronas romanas, fuertes ante la muerte, pero martirizadas, erucificadas...

Su impavidez evoca el recuerdo de la impavidez espartana, salvaje en su grandeza. No nos equivoquemos, sin embargo. Estas vencedoras y dominadoras del dolor tie-

nen otro temperamento que aumenta el mérito de su holocausto. En las aras del deber patriótico rinden, destrozándose, toda su sensibilidad moderna; toda su feminidad aguzada, nerviosa, mórbida... Son tan grandes, por lo menos, como los héroes del campo de batalla.

En Francia ha habido una heroína de éstas que, llevada ante el cadáver de su esposo, muerto por la patria, se ha arrodillado y ha dicho sencillamente:

—*Ella* era su madre: yo no era más que su mujer!

“NON FACIAMO CONFUZIONE...”

El Papa Benedicto no ha querido bendecir á ninguno de los ejércitos combatientes: ni al austriaco contra el servio, ni al francés contra el alemán, ni al alemán contra el ruso. Cuando desde distintos puntos le pidieron esa bendición en nombre del Dios del Viejo Testamento, limitóse á contestar: «Sed pacíficos como nuestro Padre que está en los cielos.»

Y si tal no fué la respuesta, tal fué sin duda la intención del nuevo Pontífice. Dios nada tiene que hacer en los campos de batalla; los que matan en su nombre le niegan y le insultan. Los que le invocan, tratan de hacerle cómplice, y se da el caso singular de que, bajo variadas advocaciones, todos solicitan su concurso, todos cuentan con El...

No hay derecho... Jehovah ó Jahvé generalísimo, guiando á la victoria á un pueblo contra otro, es un mito judáico, un rezago inmoral del antiguo espíritu hebreo. Debe-

mos creer en la neutralidad absoluta del Dios cristiano, del que nos dió la ley de amor, del que dijo sencilla y divinamente: «Amáos los unos á los otros» Los que pretenden convertir el sermón de la Montaña en una arenga belicosa, no saben de cristianismo. Aunque en la Biblia hay movilización y militarización, aunque el Viejo Testamento resuena todo con el estruendo de las armas, Dios *vive* más arriba..., el Dios cristiano, que es el que nos pertenece

Tanto el católico emperador de Austria como el descreído Poincaré, tanto el autócrata de Rusia como el César de Germania, tanto el rey belga como el monarca británico, requieren el auxilio divino y manifiestan la seguridad de tenerlo, cada uno de su parte. Nosotros, neutrales de acción, pero no de pensamiento ni de conciencia, nos vemos perplejos ante el conflicto religioso que se deriva del choque guerrero. Existen dos alianzas y varias naciones en lucha: ¿hacia qué lado se inclinará *nuestro* Dios, suponiéndole resuelto á intervenir y tomar partido por los unos ó por los otros?

Porque necesitamos saberlo imprescindiblemente; necesitamos que *nuestro* Dios defina su conducta *ante bellum* para definir, acorde con ella, nuestra actitud. ¿De qué manera averiguarlo? Hemos recurrido á la vía espiritual de la plegaria sin lograr resultado alguno; no llegaremos, por débiles y

cobardes, á la prueba más decisiva de las penitencias y maceraciones...

Y es el caso que, á despecho de lo que llevamos dicho, viendo la devoción ejemplar con que llaman á Dios en su ayuda los distintos beligerantes, dudamos y nos acongojamos. Como, además, los católicos le piden el triunfo de la protestante Alemania, no sabemos que postura tomar entre catolicismo y protestantismo. Roma movió guerras horribles contra la obra de Lutero, el fraile blasfemo, el fraile impío, ¿y hoy hemos de olvidarnos de quién fué Lutero? Al resplandor de las hogueras infernales de la guerra presente, ¿ven más claro las almas modernas?

En medio de tan graves dudas, recuerden los buenos creyentes que en Roma está el criterio infalible, y que el papa Benedicto no quiere romper la neutralidad de Dios, cuyo vicario es en la tierra; que el Papa Benedicto no quiere convertir el sermón de la Montaña en una arenga bélica; que no quiere ser intérprete del militarismo del Antiguo Testamento, sino predicador de la paz. Para Roma, desde el punto de vista del Evangelio, ó todos enemigos ó todos amigos. Dentro de la caridad cristiana, amigos todos.

¡Tremenda confusión de sangres, lenguas y dioses! ¿Pues no vienen invocando á Buda las tropas indias que se incorporan al

ejército inglés y se suman al ejército francés? ¿Y no parecen tan seguras de triunfar con el favor de Sakia Muni como rusos, ingleses y franceses con el de sus respectivas Iglesias y credos?

A los dioses ¡por Dios! no les confundamos. El nuestro, el único, bien sé yo que ha visto con malos ojos el *ultimatum* vengativo del católico Francisco José, la invasión de Bélgica por los alemanes, y *todo lo demás*. Bien sé yo que, pensando en los soldados de las diversas nacionalidades llevados á la gran carnicería en nombre de odios artificiales, exclama conmovido: *¡pobrecitos!* Y añade para todos, hasta para los cipayos y los argelinos y los senegalenses y los marroquíes: *Amáos los unos á los otros.*

DIALOGUITOS

—¿Ha visto usted que crueldad la de esos alemanes? Los aliados lanzan contra ellos todo un capítulo de cargos, como una descarga cerrada; les acusan de sacar los ojos á los prisioneros, ultimarlos á bayonetazos, dejarlos morir de hambre; dicen que las tropas germánicas llevan en sus vanguardias mujeres y niños sacados por fuerza de las poblaciones enemigas. Y que hallándose ya escasos de víveres los soldados del Kaiser, empiezan á alimentarse de carne humana, francesa ó inglesa. Por ser más apetitosa, prefieren esta última. El gobierno y el Estado Mayor imperiales no han tenido más remedio que autorizar el canibalismo...

— Ríase usted, aunque nada de lo que ocurre sea cosa de risa. La guerra, realmente, es una antropofagia. En ella siempre hay pueblos que devoran y pueblos devorados. Al hacerse la cuenta final resulta que

uno de ellos se ha comido al otro y, después de comérselo, le pasa la cuenta. En cuanto á las enormidades y barbaridades que recíprocamente se atribuyen, los que conservamos la neutralidad crítica debemos hacer un reparto equitativo; más equitativo que el del botín que los vencedores harán á su hora. Hoy por hoy no se sabe quienes han vencido en dureza y en barbarie inhumana. Si hemos de creer á los alemanes, los aliados son los más bárbaros; si damos crédito á franceses, ingleses y belgas, la gente de Germania ha echado el resto en salvajismo. El Kaiser se queja á Wilson, dice que sus contrarios emplean balas *dum-dum*, y hasta le envía una de esas deliciosas balitas para que la examine. Los otros, por su parte, aseguran que los germanos son unos verdaderos antropófagos. Y yo, como Pilatos, me pregunto: ¿dónde está la verdad?

—La verdad y la guerra fueron en todo tiempo incompatibles; sólo muy á la larga la verdad se afirma, se depura y adquiere estado histórico, sin adquirir jamás una completa purificación. Quédanle adherencias impuras, sedimentos y agregaciones que la enturbian. *Se precipita* poco á poco, pero nunca aparece totalmente límpida y clara; el alambique histórico—crítico va quitando las partes de aluvión, de mezcla, sin lograr la *pureza química*. Cuando se trata de *re belica* las cosas presentes se mues-

tran dudosas y las cosas pasadas, obscuras. No podemos aceptar sino los hechos generales comprobados por múltiples procedimientos y, en definitiva, indiscutibles.

— Su criterio de usted, entonces, ¿se define como un escepticismo absoluto ante la guerra?

— Si; soy escéptico porque la incertidumbre me impone la desconfianza; lo soy en todo, y en esa materia maleable, con sobra de razones. La fantasía clásica amplificó y desfiguró las guerras antiguas comunicándoles un aspecto poético, legendario; las envolvió en una atmósfera trágica y épica, acabó por literaturalizarlas. Los héroes se elevaron sobre los acontecimientos positivos, borrándolos; los detalles se perdieron, desfigurados, en el conjunto teatral. Como los triunfadores eran quienes, inapelablemente, las escribían y las describían, su tarea redundaba en daño y en mengua de los vencidos. Hacíanse, en todos conceptos, la parte del león. Restaban, sin embargo, firmes, los indicados hechos generales. Y entonces lo mismo que hoy, los combatientes invocaban el favor de los dioses. Veíanles los guerreros homéricos, entre nubes, atentos al curso de las batallas, *interesados* por el triunfo de sus sectarios respectivos. La única diferencia consiste en que antaño se trataba de una pruralidad divina.

— Y hogaño los pueblos en lucha piden

cada uno el auxilio de su dios personal, particular, que, en resúmen no es otro sino el dios hebreo, el buen Jehovah, el viejo y acreditadísimo dios de los ejércitos. Le hacen editor responsable, le cargan finalmente todos los desafueros, iniquidades y trope-lías que en la guerra se cometen, porque Jehovah reina sobre las distintas masas armadas, bajo diferentes formas...

—De modo que, según su criterio, no se vislumbra la verdad en esta guerra, ni llegará á descubrirse por entero...

—En esta guerra, menos que en ninguna otra. Es demasiado grande para que se la pueda examinar en sus pormenores. Produce la impresión de una enorme fantasmagoría ó escenografía. Los sucesos culminantes arrastran y pulverizan los incidentes pequeños. En lo que se refiere á las mútuas y repetidas acusaciones de inhumanidad, tampoco sabremos quién ha arrojado la primera piedra... ó la primera bala *dum-dum*. Sabemos, si, que todos tiran á matarse, que todos pelean como demonios. ¡Hecho general, incontrovertible!

II

—¿En qué día estamos hoy?

—Estamos en 3 de Septiembre de 1914; ayer fué el aniversario de la batalla de Sedán, donde cayó Napoleón III con su Imperio. Mañana será el aniversario de la proclamación de la tercera República francesa. Parece que no ha pasado el tiempo...

—Es verdad... Todo lo mismo, poco más ó menos. Los alemanes avanzan hacia París, según se asegura. Ha habido otra de San Quintín y tal vez se halla próxima otra de Waterloo... La historia es una corriente que pasa y vuelve. En la guerra actual vándose reproduciendo hechos, cosas, incidentes, episodios que ya ocurrieron y que tienen la sanción histórica. ¿Usted se declara francófilo ó germanófilo?

—Ni lo uno ni lo otro; hombre soy, y *nihil humanum ad me alienum puto*... Terencio me da la definición de mi estado de ánimo, en su sentencia memorable. No oculto, sin embargo, que la fuerza de Alemania me admira y me asusta.

—Asusta y admira; sobre todo, asusta. He ahí porque contra Germania armipotente se han levantado tantos enemigos. El mundo está contra Germania, y Germania

se sostiene firme contra el mundo. Asistimos á un duelo gigantesco, desproporcionado, grandioso. Apunta en el gran drama una nota de comicidad, un aspecto tragi-cómico. ¿Sabe usted lo que me está recordando la posición respectiva de los aliados y los alemanes? Pues me evoca una escena de circo, aquélla de *un hombre más por aquí...* Para vencer á Alemania acuden ejércitos de todas partes; hasta del Canadá, Australia y la India... Y Alemania sola; peor aún, mal acompañada, porque esos austriacos... Alemania sola, parece no perder pie...

— Cierto es lo que usted dice... Jamás se vió una lucha semejante. Todos contra uno, uno contra todos... Los pueblos se santiguan y claman *libera nos á malo...* El temor convertido en odio acosa al más fuerte. Ni quito ni pongo; pero manifiesto mi admiración.

Se teme y se aborrece en el germanismo la enorme energía subyugadora, invasora. La humanidad se defiende como se defendió siempre que grandes potencias militares la amenazaron. La historia, ya le dije, no es una corriente que pasa, sino que vuelve... Y se llama *bárbaros* á los alemanes sin duda porque proceden de las hordas del Norte. ¡Bárbaros los creadores del pensamiento moderno! ¡Bárbaros los compatriotas de Kant, de Goethe, de Beethoven!

En punto á barbarie les iguala á todos la guerra. La guerra, sencillamente, como

quién no quiere la cosa, suprime el derecho. No monopoliza Alemania los aviones y los explosivos... De un lado, igual que de otro, se tira á matar lo más eficazmente posible. Las balas no son confites. En las batallas los hombres, empedernidos y ciegos, se olvidan de que Naturaleza les hizo hermanos. Se borra por completo la humana conciencia; se deja de *ver* al prójimo. Cada combatiente es para su enemigo cabeza de turco. Llamar bárbaros á los unos equivale á llamarlos á los otros. El furor homicida nivela los grados de cultura y, salvo pequeños detalles, lo mismo se guerrea en Europa que en el Dahomey. Esos pequeños detalles, denominanse ametralladoras, obuses, artillería gruesa y flaca, aeroplanos, bombas, torpedos... Se mata mejor, con más seguridad y rapidez...

—Pero los alemanes han sido repetidamente tachados de crueles, de inhumanos, en esta guerra.

—Sí, por los contrarios. Repito que no soy germanófilo... *Homo sum*... En mi pensamiento, en mi espíritu, se levanta la imparcialidad de la historia. Distingo lo que llega y lo que *vuelve*. Otro día hablaremos de Francia, la primogénita latina...

—Si Hugo viviera hoy, tornaría á oirse su grito desgarrador: *¡Oh, madre mia!* Si los alemanes atacan á París, herirán el corazón del mundo.

—De todos modos, una hora suprema ha llegado... Empezamos Septiembre, un mes *climatérico* que rememora tantas grandes efemérides. Durante él han de realizarse definitivos y terribles acontecimientos.

EL AMOR Y LA GUERRA

Los poetas y los filósofos han definido el amor de diversas maneras en que predomina la fantasía. Atracción de las almas, *beso de los ángeles á los astros*, según Víctor Hugo; simple ley fisiológica y genésica, según Schopenhauer.

La distancia es enorme desde la primera definición á la última; la misma que separa el espiritualismo del materialismo.

Materializado brutalmente el amor, resulta una función física, una operación universal, y pierde todo contenido psicológico. De los animales no se puede decir con verdad que se aman, sino que se necesitan y se buscan para perpetuar sus respectivas especies.

Lo que caracteriza el amor humano, el verdadero amor, es la suma de pensamiento y de sentimiento que entra ó puede entrar en él. Cuando ama un hombre civilizado, ama con sus facultades más que con sus

sentidos. Por eso idealiza á la mujer amada.

Amor que no idealiza, es amor que sólo ve con los ojos de la carne, y entonces queda categóricamente reducido á una de tantas imperiosas leyes orgánicas.

El platonismo amoroso se renueva en el amor místico del Petrarca, evaporación de ensueños, y en ciertos ascetas aparece mixtificado porque siendo muy puro, dirigiéndose exclusivamente á Dios, se expresa con palabras impropias, demasiado humanas.

Es muy difícil llegar á esa cumbre suprema de serenidad en que ya sólo manda el espíritu, y el lenguaje, pervertido por la vida exterior y material, no lo traiciona. Este género de traiciones se dan á menudo en los místicos: la letra (entiéndase la palabra rebelde) lucha con el espíritu y lo humilla.

Hay dos voces y dos actores en esos poemas religiosos que suelen acabar en dramas de conciencia. Se canta *¡in excelsis!*, y un eco salido de las más hondas concavidades de la naturaleza responde enérgicamente *¡de profundis!* El amor vuela hacia lo divino, y se sublima, pero no deja de ver lo terreno. *¡Tierral ¡tierral!* sigue gritando mientras sube sin perder de vista la cárcel de donde se ha fugado, *la bajeza...*

En el Infierno no hay amor y, sin embargo, el mundo, anticipación del Infierno, está lleno de amor extraviado que sólo mi-

lagrosamente se endereza y se rectifica. Cada caso amorio, por lo común, es el naufragio de un alma entre tierra y cielo. Las leyes físicas nos impiden espiritualizarnos; si no fuera por ellas...

En lo que todos los definidores del amor vienen de acuerdo es en decir que el amor no se compra ni se vende, ni se presta, sino que se da... Se da cuando, limpio y absoluto, se ha dado anteriormente en sacrificio al pronunciar la fórmula sagrada del ofertorio; y entonces, ¡bendita dádiva que las incluye todas! Pero sigue gritando con desesperación: *¡tierra! ¡tierra!*

*
*
*

Ahora en los campos de batalla, al estruendo de los cañones, los soldados ven el amor desde lejos; pero lo ven siempre. Les ayuda á pelear porque entre las nubes rojas de la guerra sus mil sugerencias les sonríen; porque el Amor les espera. Lo más tremendo de las funciones de armas acaso consista en la suspensión de esas otras hostilidades; en la esterilización pasional de los ejércitos. Mientras luchan todavía aman ó, por lo menos, todo lo refieren al amor que se les muestra risueño, en perspectivas remotas, ofreciéndoles un galardón en la

victoria y en la paz; pero ha de cumplirse la orden del *cube fuego*... Creeríase que no hacen más que matar, y verdaderamente, matan y aman.

¡Matamos y amamos! Así es la vida en paz y en guerra.

LA VERDAD FILTRADA

La verdad de lo que pasa en esta guerra sólo la conocen los mismos que intencionalmente la falsifican; los demás, espectadores lejanos, la recibimos como nos la dan y sobre el texto de las comunicaciones oficiales hacemos un comentario al cual sigue casi siempre una forzosa rectificación. Ningún elemento podemos allegar para el juicio definitivo de la historia futura, ni podemos hallarlo tampoco en cuanto sobre los sucesos de la gran contienda se escribe y se habla. Los hechos se exageran ó se empequeñecen á la medida de las conveniencias de los pueblos beligerantes, y todas las fuentes informativas están turbias. Más de una vez se nos ha servido gato por liebre. Hay un contrabando de noticias tan escandaloso como el de los pertrechos militares.

Esta vaguedad é insinceridad que nos desconciertan, no nos han permitido todavía saber á quien correspondió la victoria

en la reciente batalla naval de Jutlandia. Se la atribuyeron, plena, absoluta, los alemanes, y la celebraron como un éxito importantísimo. Tratábase según ellos, de una sorpresa en que Inglaterra, señora de los mares, había sido humillada y vencida. El triunfo pertenecía, íntegro, á Germania.

Si así hubieran venido las cosas, fueran cuales fueran las circunstancias del combate, el poder de Inglaterra habría recibido un inmenso quebranto. La soberanía marítima británica, acatada é indiscutible como un dogma, se hubiera debilitado. El coloso hubiera sido herido en el pecho.

Pero no fué así: los mismos alemanes no han podido menos de modificar los términos de la versión primera que nos ofrecieron. En rigor no ha habido victoria para los unos ni para los otros: chocaron en el Skager Rack fuerzas proporcionadas, y salieron del fiero trance con igual daño é igual honra. Las pérdidas se distribuyeron entre las dos flotas, cargando un poco más, á lo que parece, del lado de Alemania.

Claro está—seamos justos,—que aún repartidas en esa forma las pérdidas, Alemania puede vanagloriarse del resultado, porque es la más débil. La reina de los mares mantiene su primacía, pero su rival le ha dado en sus propios dominios una buena réplica.

Y esta será probablemente la verdad de

lo sucedido, filtrada á través de las nubes con que la obscurecen los apasionamientos nacionalistas.

Al *si* inglés contesta inmediatamente el *no* alemán, y vice-versa. Tenemos un turno riguroso de afirmaciones y negaciones; cada bando, cada alianza, *traduce* los acontecimientos en el sentido de sus intereses. El comentarista, despistado, deja caer la pluma mientras se desarrolla en enorme confusión esa cinematografía monstruosa. Recoge la verdad á pedazos, se afianza en el término medio y, si quiere ser jasto, no olvida que debe deducir, meditar y esperar; que la guerra tiene también su diplomacia.

LARGA PENITENCIA...

Llevamos ya cerca de dos años de guerra, y no nos parecerá mucho si traemos á la memoria la de los Cien Años; pero, si tomamos en consideración las proporciones, los alcances y las consecuencias de la enorme lucha actual que desde Europa ensangrentada trasciende al mundo entero quebrantado y estremecido. nos maravillaremos de tanto pelear, de tanto resistir, de tanto sufrir... Al iniciarse la gigantesca riña, los espíritus previsores le señalaron un plazo de dos ó tres meses, más allá de cuyo tiempo no juzgaban posible la prolongación de las hostilidades porque el poder de resistencia de los pueblos se agotaría. Y ha pasado un año, y va á pasar otro sin esperanza ninguna de próxima paz.

Aquellos cálculos eran aventurados, pero razonables y justos, pues se apoyaban en una estimación anticipada, una como adivinación de los males que consigo habría de

traer la guerra. Sería guerra de todos contra todos; comprometería las fuerzas de los grandes pueblos y debilitaría á los pequeños. Trastornaría las bases políticas y económicas del orbe civilizado, y equivaldría en el órden internacional á un devastador terremoto. Allanaría los montes y levantaría las llanuras; los que de ella salieran más bien librados, tendrían que atravesar un largo período de convalescencia, curarse numerosas y graves heridas.

Esos pronósticos se están cumpliendo; bajo la pesadumbre de las armas, que hoy dominan, yacen en el polvo las artes, las letras y las ciencias. El Espíritu sucumbe. Se han estancado las corrientes intelectuales para dejar hablar tan sólo al cañón, voz del Infierno. Toda la normalidad pacífica de la tierra, entregada siempre á las disputas de los hombres, agitada ahora por las furias de una inmensa dementación colectiva, se ha trocado en desórden y en tumulto belicosos. Ya no hay luminarias en nuestros cielos; nos hemos quedado á obscuras y oímos constantemente grandes golpes en la obscuridad, pero no vemos nada...

Sin embargo, vivimos. Los que creyeron que transcurrido cierto plazo de fiebre guerrera, la vida de Europa y aún la del mundo sería un estado agónico, comprueban su error ante los hechos. La enseñanza más admirable que se desprende de la guerra, es

la demostración victoriosa de esa capacidad sin fin de resistencia evidenciada por las naciones beligerantes. La propia Alemania, que tanta sangre ha perdido y tanto oro ha gastado para afirmar é imponer el germanismo, encerrada en un círculo de hierro más estrecho cada día, se mantiene firme. No nos engañemos. La han desollado, pero echa nueva piel. Se acredita como legítima heredera de aquella Prusia cuyo oficio, según Voltaire, no era otro sino pelear, Inglaterra se ha militarizado, ha transformado su régimen, se ha vestido sobre su traje marinerero una fuerte armadura. Francia refflorece con todas sus virtudes históricas y militares. Rusia, armada, agita su trompa de elefante... Y, fuera de la zona incendiada y conmovida, los países neutrales—¿dónde la verdadera neutralidad?—tienden á acomodarse á la guerra como quién se abraza á una cruz. Se vive entre las llamas; la cuña entra profundamente en las carnes, las desgarran, las destroza, pero no llega la muerte.

Los que llegan son los cuatro jinetes del Apocalipsis, guiados por nuestro Blasco Ibáñez, un buen espolique literario. Y... ¿hasta cuando durará este período de penitencia de la raza humana? Ninguna voz nos lo dice, ninguna voz profética sale de la sombra. Dios calla y mira.

LA GUERRA Y LA EMIGRACION

Entre los numerosos y serios problemas del más allá de la guerra, ninguno tan grave como el que se refiere á la futura emigración. Afecta por lo menos al interés de dos continentes, América y Europa; lleva en sí el destino de la humanidad. El trasiego de hombres, de obreros eliminados por la miseria y la super-producción europeas, lanzados de un mundo demasiado viejo hacia un mundo todavía joven, ¿se interrumpirá ó se desviará cuando venga la paz universal tras la universal catástrofe?

La guerra ha debilitado muchísimo las corrientes emigratorias. Ese oceano humano que pasaba continuamente sobre el mar, un oleaje sobre otro oleaje, ha venido á convertirse en río y trazas tiene hoy de parar en mísero arroyo. Nos referimos, claro está, á las emigraciones derivadas de los pueblos en lucha. Los Estados Unidos, el primer país de inmigración, ha visto durante los últimos tiempos descender el nivel de esa marea que le incorporaba tantos elemen-

tos útiles; un descenso enorme... Cifrábase antes de la guerra en algunos cientos de miles; el año pasado no excedió de cincuenta mil. Y en 1916 la diferencia quedará á favor de la emigración; serán más los que salgan de la Gran República que los que entren.

Los deberes del patriotismo y los servicios militares han producido una contra-corriente impetuosa, la cual restituye á sus puntos de origen las energías sociales europeas absorbidas por la América anglo-sajona. Es una repatriación y como el vencimiento de un préstamo. Se reclama, para la guerra, el tributo de sangre que pagaba la paz á los laboriosos y gloriosos Estados Unidos. Y la contienda gigantesca lo devora todo: no se emigra ya, se re-emigra. Los peregrinos del Hambre truécense en hijos pródigos del Honor. Abandonan la obra creadora y vuelven sin otro fin que el de reñir ni otro objetivo que el de aplastar al adversario, *aplantar al infame...* En esa tremenda crisis, debajo de los nombres pomposos y los deslumbramientos de la patriotería y los espejismos de la gloria bélica, no habrá sino una gran derrota: la de la cultura moderna. Al hablar de *las culturas* en tal sentido, subentiéndase *las barbaries*. Europa, tributaria de América, le quita buena parte de lo que le dió, y la guerra, al movilizar á los trabajadores, inmoviliza el trabajo. Los campos de

batalla hacen el vacío en los campos americanos donde el emigrante creaba la riqueza. El océano que iba se reduce á arroyo, y es océano el arroyo que volvía.

Pero los políticos yanquis no se preocupan de esta inversión de volúmenes. La fuerza nacional se encuentra asegurada, consolidada. Los enjambres emigratorios realizaron su labor, y la labor permanece aunque se vayan los operarios. Tornarán: si no tornan, sus obras de carácter perpétuo les sobrevivirán en aquella tierra. Además, precisamente ahora que la emigración disminuye, se trataba de oponerle nuevos diques. Los Estados Unidos, con sus cien millones de habitantes, se sentían crecer demasiado. Por tres veces se ha presentado á las Cámaras un proyecto de ley en el que se pide no se permita la entrada á ningún extranjero que no sepa leer y escribir. Si á la tercera va la vencida, esta vez el proyecto restrictivo triunfará. Y ya existían otras limitaciones de orden fisiológico y económico, no obstante las cuales la inmigración subía sin tregua.

El problema, pues, no alarma á los Estados Unidos, pueblo pletórico de vitalidad; pero, ¿pueden mirarlo con indiferencia otros menos ricos y menos fuertes á quienes la guerra ha aislado, otros que no lograrían vivir privados de los auxilios de Europa, suprimido el aflujo inmigratorio?

Esos elementos de riqueza perdidos por la Unión Americana, ¿los ganarán y absorberán las Antillas? No es probable porque, al desviarse del Norte, todo les apartará de las tierras tropicales: el idioma, el clima, el temperamento y las costumbres...

En el Norte estaba su orientación racional. Los perderá América, definitivamente.

¿DONDE ESTÁ JESUCRISTO?

¿No volverá Cristo á la tierra para levantar nuevamente su cruz y proclamar su ley en los campos de batalla, en esos inmensos mataderos?

La guerra le ha arrojado de los templos católicos; la soldadesca alemana le ha hecho bajar del leño sagrado de la crucifixión, le ha roto los brazos y le ha cubierto de ignominia. Los sayones del Calvario resurgen bajo la figura de los soldados que destrozan las cruces en una demencia de barbarie. La sangre del hombre ha caído sobre las aras del sacrificio incruento. Los injustos insultan al Justo. La artillería germánica ha reducido á escombros catedrales delicadas y divinas como Custodias.

Y el buen Jesús, el dulce Jesús, ¿no viene á poner paz entre los ejércitos? Está en los hospitales donde la guerra junta en montón sus víctimas, donde la caridad las ampara y bendice á todas. Desde allí oye el es-

truendo de los combates mientras su obra de redención se prosigue, por ministerio de las almas cristianas, que también combaten, pacíficamente, santamente...

* * *

La guerra es un sueño horrible. Los que pelean, pelean dormidos; dormidos en el embrutecimiento animal del odio, ciegos para ver la Verdad, ciegos para ver la Vida. La Vida y la Verdad, ó sea Jesucristo. Sueño es la guerra, sí, como todo es sueño en acción fuera de la presencia de Dios misericordioso.

Y Jesucristo ha hablado á los pastores de los rebaños en armas; Jesucristo ha querido despertar á los que se acometen y se matan durmiendo, puesto que la vida es sueño y sueño la guerra; pero no le han oído.

Dormir, dormir... He aquí lo que hacen los hombres cuando dejan de serlo para convertirse en bestias feroces. No les despierta la palabra divina.

* * *

La gran guerra

Jesús se ha retirado de los campos de batalla y se ha ido á los hospitales. En ellos vive, cerca de la muerte, la neutralidad verdadera, la única, acompañada del amor y el perdón.

En ellos los dormidos *se despiertan*.

POR QUÉ SOMOS NEUTRALES

Es indudable que la inmensa mayoría de la opinión española desea ardientemente la neutralidad de España en la actual guerra europea; hace más que desearla, la impone. Porque no podrá haber un gobierno capaz de resistir esa corriente popular, tan acentuada, ni de obrar contra el pueblo desprestigiándose, suicidándose. En momentos supremos, como el que atraviesa nuestra nación, los pueblos mandan, los gobiernos obedecen. Siempre debería ser lo mismo.

Determinada se ve con tanta fuerza la voluntad nacional de no intervenir en la gran lucha, que aquéllos que se le opusiesen desde las alturas del poder, caerían bajo la responsabilidad y la pesadumbre de un error irredimible, acaso de una culpa imperdonable. Serían traidores, serían reos.

Nada requiere á España para que rompa su abstención prudente, necesaria, en esa riña gigantesca, horror y azote del mundo,

ni para que se arroje al abismo en cuyo fondo piden auxilio, cubiertas de sangre, las naciones enemigas; nada, como no sea el interés de los beligerantes.

Ese interés resulta, á todas luces, incompatible con el nuestro. De cualquier lado que nos inclináramos, correríamos el riesgo de caer mal y destrozarnos en la caída. El aporte que diéramos á uno de los dos bandos en beligerancia, sólo serviría para atraernos la hostilidad y el odio del contrario. En el incendio de Europa quemaríamos *nuestras naves*, sin aprovechar una astilla. Una carta más seríamos en el juego, pero una carta de escaso valor y de importancia dudosa. Cuando llegara el instante de recoger el fruto de esta sangrienta cosecha ó vendimia, en vez de encontrarnos medrados y favorecidos, nos contemplaríamos doble é irreparablemente débiles. La conciencia de nuestra debilidad y la incertidumbre de lo futuro en sombras, hartos nos dicen que, siendo aventureros escarmentados, no debemos intentar la última de las aventuras. Invítannos á una nueva salida quijotesca, para llevarnos como esclavos en el séquito del triunfo ó como tristes comparsas en el desfile fúnebre de la derrota, los mismos precisamente que han flagelado mil veces nuestra quijotería.

Que cada uno cargue su cruz en este calvario de la humanidad. Nosotros tenemos la

La gran guerra

nuestra, por cierto bien pesada. Nadie nos ayudó jamás á sacudirla, y hoy que los fuertes crucificadores padecen el suplicio de la crucifixión en la guerra más horrorosa y más infame de los siglos, se nos llama á ser crucificados.

Gracias. Nos conocemos y les conocemos: somos neutrales porque no estamos locos. ¿Pero hemos de sepultarnos en nuestra neutralidad como en una inmensa fosa? ¿Quién, entre sus muchos definidores ha acertado á definirla mejor? Ya lo veremos.

LA VALORIZACION DE ESPAÑA

Asistimos con ocasión de la guerra á un hecho por demás curioso y significativo: España, que antes apenas existía para Europa, hoy tiene una personalidad destacada, un gran «penacho». Esos buenos franceses, á quienes no inspirábamos más que donosas burlas y á quienes no debíamos más que ofensivas negaciones, saben ya que somos, que valemos. Las burlas se han vuelto veras; las negaciones, afirmaciones. Todos los hombres notables de Francia confiesan la «realidad» española: una realidad harto diferente de aquélla donde nos veían en miniatura ó en caricatura.

Ya somos «alguien»; ya «el Africa no empieza en los Pirineos». Y hasta se extreman los elogios y los halagos, como si la nación del Cid hubiera adquirido de pronto á los ojos de los franceses el valor que sistemáticamente le negaban. Desvaneci6se la España de pandereta y de pa6s de abanico; surge otra, la verdadera, la actual, la civi-

lizada, la moderna, menos bella que la que alentaba en la fantasía de nuestros vecinos, pero no en absoluto desdeñable. Lejos de merecer desden, logra acatamientos entusiastas.

En París se habla todavía de Don Quijote como del símbolo español por excelencia, pero se reconoce y proclama que no todo entre nosotros es quijotismo. Poseemos «un alma», orientada hacia los ideales de nuestro tiempo; los hidalgos herederos del Ingenioso Hidalgo, se preparan á correr las nuevas aventuras. Han salido de las estepas de la Mancha y entrado en los caminos de la humanidad. Arrojaron las lanzas emmohecidas; saben distinguir una bacía de barbero de un casco prusiano, una celada de encaje de un buen cañón de cuarenta y dos. Saben también diferenciar á una labradora castellana de una princesa legítima, y no confunden ahora las ventas con los castillos. La Dama de sus pensamientos ha dejado de ser Dulcinea.

Y nuestros vecinos advierten al fin que este pueblo sometido á pruebas terribles, guerrero como ningún otro, conserva su fibra, capaz de fecundar empresas de renovación y de cultura. Recuerdan que fué el compañero heroico de derrota en Trafalgar, el fulgurante proyector de las inmensas lumbraradas que iluminaron tantos excelsos cerebros franceses, el que procuró con sus dra-

maturgos y sus novelistas ideas á Corneille y á Lesage, el que amó Hugo, hermano espiritual nuestro, y reverenció Próspero Mérimée; el que tiró una piedra al águila de Bonaparte y le dió en las alas; el que.....

Lo mismo glorifican á España los ingleses, que la conocen algo mejor, y los alemanes, que han estudiado á fondo nuestra literatura; pero ni franceses, ni ingleses, ni alemanes, se dieron cuenta de que como nacionalidad viva persistíamos actualmente, hasta que se desencadenó el huracán de la guerra.

Esta valoración de España la debemos al aumento del poder de visión de los fuertes bajo el común castigo. El egoísmo les lleva á juzgar con exactitud nuestra grandeza pasada y á levantarnos de nuestra presente pequeñez.

¿Nos temen? No; nadie puede temernos. ¿Nos necesitan? Quizás; el fuerte, en apuros, necesita del débil y se lo finge poderoso.

La guerra ha derrumbado los Pirineos.

LA LITERATURA DE LA GUERRA

La literatura de la guerra—la guerra presente lo es por antonomasia,—no ha sabido reflejar las ideas, las pasiones y las ansiedades que hoy se agitan en el seno de la humanidad. Un movimiento literario surgido de este conflicto, de este caos, de este desorden, de este derrumbe, tenía que abarcar el fenómeno en su conjunto y en sus detalles; dramatizarlo, ponerlo en un alto relieve gigantesco y aterrador. Quizá es demasiado drama para ser sentido y expresado literariamente. Los escritores no pueden subir á la cumbre de esa montaña, abierta como un monstruoso cráter. Las llamas les ciegan, las lavas les apedrean y les sofocan. Emprendida la ascensión, retroceden ó permanecen inmóviles en un punto de la zona baja, desde el cual sólo se dan cuenta débil y angustiosamente de que la erupción se ha producido.

Y no recogen más que chispas, ruidos volcánicos y conmociones telúricas en sus

obras. Algunos toman pretexto y arranque del cataclismo para un devaneo ó un divagar psicológico; otros, arriesgan vagas teorías sociales y políticas, bordadas por la imaginación laboriosa sobre el cañamazo sin fin de lo futuro; otros, últimamente, sentimentalizan y poetizan la barbarie de la contienda. Estos son los menos: un grupo de trasnochados románticos. La guerra actual, demasiado complicada, se traga á los hombres y no resulta aprovechable para la poesía. Lo épico de lo militar, lo homérico de lo belicoso, se ha perdido en la impersonalización mecánica que reduce á porciones mínimas los rasgos heroicos individuales. El heroísmo, si adquiere un carácter colectivo, se emancipa de su ley. Los héroes son hombres, no pueblos; cuando esa pasión sublime, se intensifica y despersonaliza en las grandes masas humanas, entonces no reconocemos sino fuerzas ciegas. Se señala la presencia de una corriente que arrebatá á los ejércitos, como el viento huracanado á los rebaños; pero la unidad hombre sólo es en ella una partícula de energía y de calor.

Ninguno de los literatos contemporáneos ha tenido el acierto de penetrar en el fondo humano de esta guerra; tal vez por que no tiene fondo humano. Se encuentra más allá de todo el mal concebible. Aparici y Guijarro definió así, fanaticamente, la Revolución francesa: «Una invasión del Infierno

en el mundo». De un modo metafórico, vertidos los conceptos histórico-reales en fórmulas teológicas, podríamos repetir la definición. Los supuestos demonios, sin embargo, no serían más que prójimos infelices y casi irresponsables, fantoches siniestros movidos por los hilos de un convencionalismo trascendental. *Muñecos que matan...*

He aquí porque la guerra de estos días no se traduce ni se graba literariamente. Los escritores nos dan, á lo sumo, episodios novelescos, *chispas* .. Se quedan al pié de la montaña, hasta donde apenas llegan, enfriados, los materiales eruptivos. Escriben con ceniza que se les deshace entre las manos y presta un aspecto cadavérico á sus rostros, por reflexión...

Sería preciso alzarse sobre la montaña, hundir la cabeza en el firmamento, sobrepujar las alturas humanas y terrestres. No hay en los tiempos que corren un genio de tanta estatura. Hugo murió demasiado pronto. Sólo él...

El, sí... Era gemelo de los viejos bardos, de los profetas bíblicos y de los arcángeles. Miraba lo infinito sin desvanecerse. En el cordaje de su lira hubiera rugido esta tormenta horrible, y luego pasada la cólera de la naturaleza, hubiera cantado el hosanna de la redención, sobre aquel generoso estribillo de su obra política:

¡Los Estados Unidos de Europa!

¡OH, PADRE MIO!

Muere el sol en este momento. ¡Qué agonía sublime! Todo es sangre en el horizonte: el ocaso es una inmensa herida y una inmensa hemorragia. Se va desangrando el astro rey en fulgores rojos, trágicamente; se viste su realeza de la inflamación del incendio antes de tomar la palidez de la muerte. Así nos imaginamos que debieron morir los dioses del paganismo, primero entre llamas, como una revolución cósmica, después entre desmayos y livideces, como un atardecer misterioso. Y era el mundo antiguo el que desaparecía para renovarse purificado, cristianizado, porque exaltaba lo que no tiene fin, las fuerzas esenciales y eternas de la naturaleza. *¡Paganismo inmortal!* ha dicho Sainte Beuve.

Del mismo modo, cada vez más afirmativo y enérgico (cada día que pasa multiplica la vida, aunque la desgaste), mañana nacerá de nuevo el sol. Ahora se muere bañado en su propia sangre olímpica y sagra-

da, un terror y un engaño para los ojos que contemplan este crepúsculo.

¡Oh, padre mío!

* * *

Como ese otro crepúsculo moral é histórico que ha sumergido en sombras la conciencia humana, como esa combustión que ha devorado hasta las egregias cosas inateriales, patrimonio psicológico de la humanidad, ideas y esperanzas...

Diariamente la agonía suprema del sol simboliza y alumbra las hecatombes de la guerra, el gigantesco holocausto al novísimo Moloch, al viejo dios de los ejércitos, el gran buitres...

Los que van á morir, diariamente le saludan, como saludaban los gladiadores á los césares. El, sin embargo, es un César contemplador y compasivo, pues mira, juzga, comprende, perdona, y se da todo en sacrificio amoroso. El lanza sus rayos, vivificadoras caricias, no mortales puñaladas, á los combatientes de uno y otro bando. El sólo ve hombres en los que luchan. El, en su cotidiano perecimiento y renacimiento, derrama su sangre radiante y nos dice como Cristo:

—*Tomad, esta es mi sangre...*

La gran guerra

Su transfiguración gloriosa significa que cuando el sol se oculta caemos en las tinieblas de la orfandad, pero que tras la ausencia apreciaremos doblemente el bien perdido. *Hace que se va, y vuelve.* La sangre inocente y deslumbradora de su tránsito, nos enseña á aborrecer la sangre culpable y obscura de los combates homicidas, el vino de la satánica misa negra que ofician los conquistadores y los guerreros, principal color de la historia. Su paternidad regia nos alecciona, nos advierte; nos emplaza, nos ejemplariza... Sus llamaradas sangrientas son un simulacro rectificativo y edificante en el cielo de las execraciones y las abominaciones de la tierra. Dicen que sólo debe arder el pensamiento.

¡Oh, padre mío!

* * *

Y también nos promete que, como él, *resucitaremos...* No se abrirá nuestro sepulcro, el sepulcro de la civilización cristiana, al tercer día, como la tumba de Jesucristo; pero se abrirá y trocaráse la podredumbre en vida nueva...

Mientras tanto, perdidas la fe y la esperanza que igualmente reverdecen en la próxima Pascua Florida del género huma-

no, sea nuestra plegaria propiciatoria la caridad en acción. He ahí nuestro lucero de la mañana que anuncia el imperio solar. Bruto, desesperado, negó la virtud en su última hora, pero no negó esta virtud.

¡Oh, padre mio!

¿DÓNDE ESTÁN LOS NEUTRALES?

La neutralidad ante la guerra presente es difícil de guardar; hiere demasiado nuestros sentimientos y nuestras creencias; nos solicita con excesivo imperio á definir, no sólo nuestras simpatías por uno ú otro de los grupos beligerantes, sino nuestros dogmas sociales y políticos, nuestra concepción de la vida. Hay que *ser ó no ser*, cuando se encuentran en litigio los más altos intereses del mundo moderno y de la personalidad humana.

Ser ó no ser; digamos declararse en pro ó en contra de una de las dos grandes tendencias ideales que el actual conflicto claramente determina. Se nos pide una declaración de principios que, en cuanto hombres, no podemos esquivar. Caemos dentro de la zona del militarismo prusiano, si no nos inclinamos convencidos hacia la zona del liberalismo británico y la democracia francesa.

Se habla de zona de sombra y de zona de luz. Se llama oscurantistas, retrógados, á los que toman la primera inclinación, aunque Alemania sea un pueblo intelectualmente muy esplendoroso. Para los que razonan así el casco germánico hace oficio de apaga-luces. En suma, para los que juzgan esta guerra enorme sobre todo como *un drama de ideas*, no cabe abstenerse. Y los que la ven como un simple choque de ambiciones y avideces, desde el punto de vista puramente material, económico, tampoco pueden limitarse á contemplarla. Los contemplativos de tan horrenda catástrofe, serían hombres sin contenido espiritual ninguno; al contrario de los contemplativos místicos y ascéticos, que tenían plenitud de espíritu. Se contempla el cielo; pero en la tierra se batalla, se tiene que ir armado y precisa avanzar ó retroceder, dejarse arrastrar por los que luchan.

La palabra *neutrales* aplicada individualmente á los contemporáneos de una guerra que es en grado supremo conflagración de armas y conturbación de almas, significa un imposible. Los lejanos cañonazos nos convocan al juicio final de toda una civilización y de toda una historia.

Se comprende bien el radicalismo intransigente, feroz, de los partidarios. No se comprende que haya abstenidos, pasivos, *inmunes*. Librarse del contagio equivale á

La gran guerra

patentizar una esterilización moral absoluta; no pensar, no sentir, no vivir...

Y la guerra de hoy nos llama á pensar, á sentir, á vivir. En este sentido, solamente pueden ser neutrales los muertos.

Si esto es verdad respecto de los individuos, ¿qué sucederá respecto de las naciones? ¿Existen, á la hora de ahora, pueblos verdaderamente neutrales?

LA AMENAZA DE LOS SUBMARINOS

¡Qué emoción y que ansiedad las de estos días intensamente vividos, llenos de sorpresas y dolores! Nunca el tiempo, cuya corriente nos arrastra implacable á lo desconocido, nunca nos agitó con tanta violencia, nunca nos hizo padecer de un modo semejante, nunca tuvieron sus horas y sus minutos una fuerza igual de sugestión pavorosa. Alentamos en una atmósfera de tragedia; esperamos siempre algo terrible, un nuevo episodio que aumente el espanto de actores y espectadores, si ambos conceptos pueden dividirse cuando todo lo humano sufre tortura y teme castigo; deseamos el desenlace á la vez que lo tememos, porque será la catástrofe final, y los minutos, las horas pasan como oleajes enfurecidos que se ensanchan hacia las riberas de la Muerte arrebatando innúmeros despojos...

Y el fin no viene, aunque la acción se complica y suma sin cesar medios destruc-

tores. Gasta los ejércitos, pero los renueva en seguida; pulveriza á los hombres, pero cual otro Anteo, pisotea la Tierra, teatro de sus hazañas, y sus bríos se reponen, y los nuevos soldados brotan... Lo mismo se multiplican los recursos económicos, tan pronto absorbidos por la vorágine como restaurados. Esa gran serpiente no pierde su cola; si se la cortan, la reconstituye al momento.

Y, si empleamos para designar el enorme choque de tantos pueblos el socorrido símil de la hoguera, resulta que la hoguera traga combustible y más combustible, levanta sus llamas al soplo de contrarios vientos, y poco importa acelerar la combustión porque el incendio no decrece ni lleva trazas de apagarse. Van cayendo en él naciones y más naciones como troncos añosos, todo arde, todo se consume, y el fuego no se extingue. Hoy, burladas todas las esperanzas, marra-dos todos los cálculos, nadie se atreve á aventurar un juicio sobre lo futuro.

* * *

Pero no me proponía hablar de esto, que se impone como una realidad evidente, sino de la última «salpicadura» con que la guerra europea nos alcanza á los canarios.

Ya nos había tocado una parte no pequeña en el reparto general, nada equitativo,

de los daños que la lucha ocasiona al mundo entero. En nuestra neutralidad y nuestro aislamiento insulares, habíamos sufrido los mayores perjuicios. Estaba limitada nuestra exportación de frutos, estaban fabulosamente encarecidos los alimentos, nuestros obreros sin trabajo huían á miles hacia Cuba, y teníamos la certidumbre de que la madre patria no podría ampararnos. Harto han de afanarse nuestros Gobiernos en impedir la ruína de la nación.

Eran bastantes males, me parece. Pues, por si fuesen pocos, surge la alarma provocada por la presencia de submarinos germánicos en esta parte del Atlántico, y vamos á vernos casi completamente incomunicados en nuestras islas, pobres rocas que sólo encontraban facilidades de vida en la frecuencia y seguridad de las comunicaciones.

La persecución de los mónstruos del mar ahuyentará de nuestras aguas á los buques ingleses que transportan nuestra producción frutera y nos traen víveres, artículos de comercio, elementos de subsistencia... Tales elementos no podrán sustituirse, ni la vía marítima cerrada para nuestro mísero país se reemplazará con otra fácil, segura y lucrativa, ni los mercados perdidos con otros mercados. Cerrados los puertos, tendremos que prepararnos á bien morir.

La gloria alemana, la potencia teutónica pasarán sobre nosotros anonadándonos...

ITALIA Y D'ANNUNZZIO

Italia tiene una voz, la voz de un gran poeta lírico que ha necesitado sentirse épico para poder cantar las grandezas y los deberes de su patria. Ese poeta es Gabriel d'Annunzio. Se le han subido á la cabeza genial todas las exaltaciones del patriotismo y, sin tener del Dante ni de Leopardi ni de Carducci la severa visión religiosa, el dolor augusto, el magno y grave decoro civil, los tres nimbos de los tres profetas encendidos en poesía, asaltó el Capitolio, se posó como un águila, sobre su más elevado pináculo, y gritó hasta enronquecerse; hasta que sus compatriotas le oyeron y le comprendieron.

Eran sus gritos una música bárbara, pero magnífica, una sinfonía extraña, pero elocuente en que del conjunto de sonidos confusos destacaban claras y sonoras dos ó tres frases capitales, de sentido universal y fácil comprensión. Esas frases, dichas con la au-

toridad del ciudadano erigido en jefe, del bardo hecho caudillo, lanzadas á la conciencia popular, bastaron para conquistarle á d'Annunzio el corazón del pueblo. Ya le pertenecía, porque había sabido aprisionarlo en la red de sus versos mágicos y en el laberinto de sus prosas atormentadas.

D'Annunzio quiso transformarse en tribuno y siguió tañendo la cítara desde lo alto del Capitolio. Sus arengas eran como serenatas oratorias á la inmortalidad de Roma y de Italia que tantas veces ha ensalzado en su dominio propio y único, en su Universo poético. Su elocuencia tribunicia resultaba una mixtificación de su naturaleza; pero el pueblo italiano le comprendió porque necesitaba un hombre, y no había otro más autorizado ni más poderoso.

D'Annunzio surgió como verbo del latinismo, *piquito de oro* de la epopeya militar romana, y declamó las letanías de la Madre eternamente joven y eternamente bella. Indicó, en contraste con la espada germánica, segadora de generaciones, al laurel latino regado por las aguas de la Fuente Castalia, florecido de rosas atenieses, lleno de abejas del Himeto; árbol que no se desnuda ni envejece, símbolo de todo lo que hay de divino en lo humano. Fué un nuevo Crisóstomo para acusar á los Imperios centrales.

D'Annunzio lleva, sin embargo, diluí-

da en su genio una fuerte dosis de histrionismo farandulero y charlatán. Suele recordarnos con sus actos particulares, más acá de su pontificado artístico y su «pose» oficial, las extramorticidades neronianas. Aunque adora á Roma sería capaz de pegarle fuego si estuviera seguro de que entre las llamas aparecería aislada, deificada, su figura de poeta-arlequín.

Pero en aquella escena de seducción por el arte y por el espíritu, Italia, ó sea Roma, se entregó á D'Annunzio. Orfeo venció á la sirena; vistió á la amazona la armadura con sus manos saturadas de los perfumes de todos los jardines, y le ciñó la corona antes del triunfo.

Si mañana Italia cae vencida, caerá la cabeza luminosa del seductor. Por lo menos, se cubrirá de nubes...

POST SCRIPSUM

Se acaban y se cierran estas páginas sobre la perspectiva sin fin de la guerra, abismo espantoso, obscuridad surcada de relámpagos siniestros. Abro mi ventana y las arrojo al vendaval que corre cargado de efluvios de muerte, y también de gérmenes de vida. Hace dos años que anocheció para el humano espíritu.

No llevan otra cosa sino las visiones y las impresiones de un observador conmovido pero desapasionado. ¡Hojas al viento! Las doy por lo que valen: por nada. Pero yo tenía derecho á escribirlas, aunque no lo tenga á propagarlas. Son un diario íntimo, lleno de apuntes, de efemérides, de fechas, de recuerdos, de comentarios. Todo junto en desórden, no forma un libro: constituye un recordatorio, un índice sentimental. Sin seguir paso á paso, metódicamente, los sucesos, deténgome ante los que más me interesan ó me emocionan, y procuro definir y fijar lo fugaz de las horas intensas que hu-

yen como olas tumultuosas. *Las horas matan*, dice una vieja sentencia: estas horas de ahora arrastran miles y miles de cadáveres, árboles talados del bosque de la humanidad, primiciales verduras, frescas lozanas echadas á la corriente eterna... Estas horas agrandan tremendamente la fosa común de la guerra, donde cada pueblo en riña se sepulta poco á poco cubriéndose de tierra ensangrentada. Sólo les queda fuera la cabeza, y las manos, para exhumarse luego en el nuevo día de la paz. Hoy todos están enterrados; posible es que mañana no salgan todos de entre el polvo del enterramiento, ó que salgan capitis—disminuidos y que alguno salga muerto para volver á tenderse y ya no reaparecer nunca.

Este espectáculo jamás visto ni previsto, una tragedia por encima de las tragedias, una matanza por encima de las matanzas, un horror por encima de los horrores, la superación de las realidades conocidas y el anuncio de las realidades posibles, en un momento único, genitivo y transitivo, esto que no se puede explicar porque no se puede comprender, me agita y me turba en cuanto hombre.

En cuanto hombre, quise dejar aquí un reflejo de los sentimientos é ideas que me ha inspirado. Desde el presente, negro para todos como una pesadilla, entre el crujir de los desplomes colosales y el apuntar de los

La gran guerra

advenimientos milagrosos, evoqué lo pretérito y me moví hacia lo futuro. No estoy, al cabo, donde estaba.

Hay en mí algo que antes no había. La guerra ha modificado radicalmente mis paisajes ideológicos y trastornado mis dominios espirituales. También en mi alma han sobrevenido derrumbamientos y se insinúan ascendimientos. Mi drama interior se ha desarrollado á compás del monstruoso drama europeo. Caí para morir, y me levanto para vivir.

* *
* *

El que haya buscado en estas páginas más de lo que yo prometiera, se llamará á engaño. Ni juicios definitivos, ni grandes vistas de conjunto, ni cálculos sobre las consecuencias del terrible conflicto y choque de pueblos que estamos presenciando, ni filosofía barata, digamos *económica*, de esa prodigada en revistas y periódicos. Unas cuantas notas desordenadas, y *pax Christi*... Tampoco ofrecí otra cosa.

Y que el lector rectifique lo que merezca ser rectificado. Ese turbio riachuelo no llegará al mar de la historia: se perderá y se quedará en el camino.

INDICE

Página

Al lector	3
Visión de la guerra	5
Alegoría de la guerra	25
El poder de la guerra	29
La guerra, el caos...	33
No vemos, no sabemos...	37
Las grandes guerras	41
Amor latino.	45
Civilización y barbarie	49
Britanismo y germanismo.	53
La Santa Rusia	57
Germania	61
Un gran pueblo	65
El oso y el mico	69
El palacio de la Paz	73
Neutralidad y humorismo	77
Los que se benefician con la guerra.	81
El sueño de la paz	85
El peligro amarillo	89
Comentando imparcialmente.. . . .	93
El fantasma del Segundo Imperio .	97
El «caso» de Heine	101
La Marsellesa	105
El insomnio de París	109
La muger y la guerra	113
14 de Julio	117
Bajo el hierro y bajo el fuego... .	121
Morir habemus...	125

El heroísmo femenino	129
«Non faciamo confuzione»... . . .	133
Dialoguitos	137
El amor y la guerra	145
La verdad filtrada	149
Larga penitencia	153
La guerra y la emigración	157
¿Dónde está Jesucristo?	161
Por qué somos neutrales	165
La valorización de España	169
La literatura de la guerra	173
¡Oh, padre mío!	177
¿Dónde están los neutrales?.	181
La amenaza de los submarinos	185
Italia y D'Annunzio	189
Post scripsum:	193

Fé de erratas

Página 15—línea 23—Leengrin—Debe leerse *Lohengrin*.

- » 62—línea 12—que—debe suprimirse este relativo.
- » 110—línea 20—de la onda flecha, y de leve arma...—Debe leerse *de la honda y de la flecha, leve arma...*

Y otras, menos importantes.